





SP-69

TÍTULOS Y COSTUMBRES LIDIANAS

Las Fiestas

de mi pueblo

Una Farsa del Moral Pascual

por

...

...

89712

...



Sig. 4611

TIPOS Y COSTUMBRES RIOJANAS

Las Fiestas  
de mi pueblo

por

Luis García del Moral Pascual

=====  
TOMO I  
=====

BURGOS  
—  
1915

11  
p

R. 768



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA

---

Es propiedad del autor.

---

Dedicado á Pedro Mártir  
Lasanta (Valero).

Logroño y Agosto 1914.



# Las Fiestas de mi pueblo

---

## CAPÍTULO I.

### El Vagón de tercera.

Tendría yó mis buenas veinte floridas primaveras, porque las primaveras son todas floridas, cuando recibí una carta de unos amigos residentes en mi pueblo natal, enclavado en la *metá mesma* de la Rioja baja, en la que del modo más solemne que permite el rito epístolar, me invitaban á pasar en su grata compañía, los días de la fiesta del santo patrón del lugar.

La misiva, venía acompañada de un programa de mano, impreso, en el que se hacía especial mención de cada uno de los festejos destinados á solazar al bullanguero vecindario y honrar la memoria del Santo.

Reflexioné el asunto y después de discurrir mucho acerca de la importancia de la diversión que se puede tener en un pueblecito pequeño; al fin me decidí, en mala hora, á compartir las

delicias del jolgorio, con los vecinos del pueblecito.

Hay que confesar de plano que el programa de festejos tenia cierto atractivo que lo hacia simpático. No se habia olvidado su autor de colocarnos el consabido repique general de campanas, encerrada que debiera suprimirse de todos los de su género, en mi modesto entender, porque no contribuye mas que á aumentar el número de sordos. Quizás el autor lo fuera y así se explica que tenga prosélitos esta especie de llamada á la juerga.

Dulzainas á todo pasto, profusión de iluminaciones á la veneciana, que es número económico, música, fuegos artificiales, vaquillas, bailes públicos y de sociedad, etcetera.

El indispensable tedéum para los fieles y thé con pastas para el Ayuntamiento. (Esto sería obra, seguramente, del secretario del municipio), y á modo de rondó final, el famoso cuadro de regocijo general, en su hora concreta, fija, y determinada de antemano.

Espectáculo éste del que no me pude formar cabal idea, á pesar de habérmelo explicado, así como unas doce veces, un anciano tartamudo y semi-sordo que en aquél lugar hace los menesteres de alguacil del juzgado.

En efecto me decidí á marchar con propósito de disfrutar las fiestas, prometiéndome pasar unos días morrocotudos al lado de mis paisanos,

Por evitarme posibles moléstias obté por hacer un hatillo con una muda de ropa blanca y los enseres más precisos para poder permanecer en estado de aseo durante los cuatro días que destinaba á pasarlos en el bullicio y la fiesta.

Para evitar mayores molestias que las que suponía me habia de ocasionar el transporte de tan modesto equipo, lié todo mi ajuar en un pañuelo grande de hierbas y formando un envoltorio, más ó menos artístico, á modo del de el licenciado del ejército que regresa á su hogar, emprendí el camino de la estación del ferrocarril.

Antes de llegar, pulsé mi estado financiero y sin anotaciones en el diario, ni diligencia de apertura de caja, practiqué un arqueo de fondos en la que había situado en el bolsillo derecho de mi pantalón.

El resultado de esta operación de contabilidad, fué conocer la posesión de una suma tan exigua, que á grito pelado me aconsejó la mayor prudencia.

No quise dilapidar mi modesto caudal en gastos superfluos.

Hubiera deseado viajar, á guisa de potentado en departamento de primera clase, pero me sentí un Colbert optando por el ahorro como remedio económico para solucionar la gran crisis á que conducía la falta de pasta amonedada, y único medio de regresar al punto de partida á cubierto

de los *ingieles* ó libre de la precisión de hacer el regreso á reembolso.

La rigurosa deducción lógica, de tales racionios, me puso en el trance de tomar un modesto billete de tercera clase. La siguiente á la ocupada por las ovejas y gallinas.

Influido por el vértigo que produce el viajar por ferrocarril en esa edad, me contoneé paseando por la estación, compadeciendo *in mente* á los míseros mortales que tenían que quedarse.

Llegado el momento de aposentarme, hurtándome á las miradas de las personas conocidas, de un salto me coloqué en un departamento que por su calidad alternaba tabique en medio, con los ocupados por esos animales domésticos.

Saqué de mi faltriquera un periódico viejo, lo extendí cuidadosamente sobre la tabla que servía de asiento y ocupé el que creía tenía derecho á disfrutar, después de haber satisfecho el extipendio de cuatro ochenta.

Aguanté con cristiana resignación un sin fin de talegos, cestas, lios, aperos y hasta animales domésticos que una viajera me largó por primera salutación, la que además, me leyó la cartilla en alta voz porque la supliqué con toda humildad me hiciera el favor de quitar aquel montón de fardos que casi me envolvían

Sufrió, con igual paciencia y resignación, los pisotones, estrujamientos y coletazos de un cetaceo gordo y rechoncho que dijo era un tratante en

caballerías y de los más ricos (pero nó de los mas educados), semejante á una tinaja con patas y cara de carmelita satisfecho.

El bueno del trajinante se colocó á mi derecha y á presión consiguió colocar sus fenomenales posaderas en el asiento.

Enseguida se quedo durmiendo como un ángel y roncando como un demonio.

De cuando en cuando se me venía encima destrozándome el tímpano.

Entre otras personas, entró en el departamento una sencilla labradora, más habladora que sencilla y mas sencilla que bien intencionada, en conversación tirada con otra comadre, probablemente del mismo lugar, refiriendo la historia y cuitas de una vecina á la que, sin respetar la inmunidad de la ausencia, ponían como hoja de peregil.

Esta charlatana traía asido de la mano un niño vestido de mamarracho, con una indumentaria confeccionada por mano bellaca y una de colores chillones que expedian patente de malísimo gusto, y hacía contraste extraño con la cara estúpida del mocete. Cubría su cabeza con una colosal boina encarnada. Unos labios gordos y encendidos cerraban la boca de oreja á oreja, oprimidos como si fueran dos abrazaderas, por dos enormes velas que pendian de cada una de las ventanas de su nariz, bastante remangada por cierto; velas que por su tamaño podían ser utilizadas para

cirios pascuales. Gracias á que los ojos redondos y encarnados podían pasar por los del cerdo que mejor los tuviera, cerrando aquella cara de mochuelo, dos descomunales orejas semejantes á dos abanicos clavados en un melón.

La despreocupada madre de aquella alhaja, para no distraerse en la operación del despellejamiento de la vecina ausente, y al mismo tiempo, para evitarse la molestia de cuidar aquel tesoro, lo puso en pie en el asiento, vuelto hacia el respaldo del mismo, de tal suerte, que mi espalda le servía de frente y campo de sus diversiones.

La criatura de sus entrañas, encontró el entretenimiento de moverme el sombrero de un lado para otro, recreo que entretenía al mozo con gran algazara, alternando sus gracias con algunos repelones que me cojía de cuando en cuando, cosa que solía reir la maledicente de su primogenitora.

Delante de mí tomó asiento un sujeto con más garras que un saltamontes, con las que aprisionaba mis piernas y me impedía poder evitar el dolor que me causaba un cesto de higos, demasiado maduros, que hubo de poner encima, por no haber sitio desocupado donde dejarlo. El cesto destilaba un licorcillo pegajoso. A mi lado izquierdo, se acomodó una viejecilla que casi tocaba la punta de su nariz con lá barba, cuando masticaba unas golosinas que sacaba de un envoltorio de papel de estraza amarillo. La vieje-

cilla más simpática que los otros circunstantes, no molestaba más que con un aroma lanzado á intermitencias que precisamente no era de lo más delicado en perfumería.

No es este, el modo de viajar más cómodo, ciertamente, pero bien sabía que la economía ocasiona privaciones y molestias.

Hubiera seguido sufriendo las flaquezas de todos aquellos prójimos á no haberme hecho perder la serenidad, un accidente imprevisto; uno de aquellos marchantes, entre los diez y siete bultos que le oí contar cuando los colocó en el departamento, puso en el aparador alto que estaba sobre mi asiento, uno, de ellos, que era una horza de mediano tamaño llena de miel. Este recipiente estaba cerrado por un pedazo de pergamino que cubría totalmente la boca del ánfora y atado con una cuerda que lo sujetaba por debajo del borde.

Un, no se si viajero del país ó emigrado de la Cafrería, entró en una estación del tránsito porteando como los otros una testamentaria. Después de cansarse de arrojar chirimbolos por encima de todos los viajeros, subió y los colocó del mejor modo que pudo hacerlo. Al poner los que pudo en el aparador, debió volcar la horza que contenía la miel. Quizás por no estar bien sujeto el peladizo, ó por haberse aflojado la cuerda que lo sujetaba, es lo cierto que la miel empezó á destilarse gota á gota cayendo sobre mi sombrero,

sin que yó me apercibiera de tal contratiempo. El cara de lechuza del chico, entretuvo sus ócios extendiendo tan preciado néctar por mi sombrero.

Con sin igual moneria la cogía con sus deditos y se divertía haciéndome cruces en la espalda, las que yo borraba y extendía contra el respaldo del asiento, entreteniéndome sus aficiones de artista de este modo tan ingenioso, hasta que se fué acumulando una regular cantidad que el joven Murillo cogió con su manecita y me la aplastó entre el cuello y la tirilla de la camisa.

Sentirme el pegajoso unguento, recordar las velas nasales, encenderme en cólera y perder los estribos fué todo obra de un segundo.

Cogí el cesto de los higos pasos, sin dar tiempo para que se apercibiera á la defensa el tío de las garras largas y se lo metí en la cabeza, con tal furia, que le aplasté los higos en la cara.

Hace de este pasaje, ya más de diez años y aún conservo la imagen de aquel hombre desesperado, con su cara remostada de higos queriendo ahogarme entre sus manos.

Dí tal empujón al craso y creso mulero, que le metí la cabeza por el cristal de la ventanilla. Pisoteé á la pobre viejecita del perfume intermitente y la malediciente madre, columbrando mis intenciones, puso al mocete á cubierto de mis iras y evitó los efectos de mi primer impulso de arrebato.

Como todos los viajeros se volvieron contra

mi con tanta rabia, como daño les había causado, no me fué posible tomar venganza de las vejaciones sufridas y hube de limitar mi agresión á unos cuantos improprios que ensarté contra todos aquellos egoistas que para viajar comodamente se industrian de la socarronería de pasar plaza de ignorantes ó ineducados y causar á los demás las molestias que la urbanidad lleva consigo.

La oportuna llegada á la estación de destino, me libertó de un trance bastante comprometido, del que no hubiera salido muy bien parado porque el rico vendedor de mulas, se desgarró la americana que vestía y manchó de miel toda su ropilla, que dijo era la de cristianar, de lo que me alegré en el alma.

Descendí del tren más que á paso, se agolparon todos los ofendidos á las ventanillas, vociferando y dirigiéndome amenazas que desprecié. El tío de los higos, con su cara untada de melazas, sacando medio cuerpo por la ventanilla empezó á manotear desaforadamente cuando ya nos separaba una regular distancia.

Era de ver aquél hombre con la cara sucia estirando sus descomunales brazos que parecían aspas de molino, aumentando sus gesticulaciones y amenazas, á medida que el tren se alejaba.

Bajaron de él una porción respetable de viajeros, de todas clases, edades y sexos y enfilaron su proa hacia el lugar de las fiestas, en tumultuosa y heterogénea caravana.

## CAPITULO II.

## Desde el charco de las ranas, hasta el kepis del caminero

Libre ya de aquellas furias, que me amenazaban desde la boca del Averno, transfigurado en un vagón de tercera, dirigí la mirada en todos sentidos con el fin de encontrar á mi futuro anfitrión, á quien no conseguí dar vista.

El andén se fué despejando poco á poco, y no tardó mucho en acercárseme un hombre que me preguntó si era yo el forastero.

— ¡Claro! le contesté, si no soy del pueblo, forzosamente he de ser forastero.

— *Güeno*, pero eres el que espera el tío Cosmazo el manquillas.

— Sí.

— *Pa tú* es el burro.

— ¿Qué burro?

— El que tengo *atau aineso*.

— ¿Qué he de hacer con ese animal?

— Yo que sé... Haces lo que quieras. A mí, *ma* dicho el tío Cosmazo— *Ande* vas á *dir* esta tarde?

— Con una talega al molino, *li* dicho y *ma* dicho, digo *pos estonces*, te llegas *ande* mi *entenau* que te dé la *bucha* y se la dejas en la estación á *aun güespede quespero*— *Li* cogido, y *aineso* la tienes y adiós que *aura mesmo* me *gua* al molino.

—Te lo habrá dado para subir á caballo al pueblo?

—A mí no *ma* dicho cosa *denguna*.

Quise pedirle aclaraciones á ciertas dudas, acerca de la donación del asno, pero me convencí pronto de que había echado llave á la conversación con la frase de «á mí no *ma* dicho cosa *denguna*» y no hubo poder humano, ni divino que consiguiera hacerle salir de su mutismo.

En tal estado, me determiné á obrar con arreglo á mis inspiraciones.

Como la hora en la que esto sucedía, sería aproximadamente la correspondiente á la de las cinco de la tarde, del meridiano que pasa por aquél paraje estepario, y el mes, al periodo lunar de Agosto, de esos días que la transparencia del cielo solo se vé deslumbrada por un polvillo rojizo que abrasa y corroe el cutis, los efectos caloríferos del rubicundo Febo, se dejaban sentir con una pesadez abrumadora.

Unido á este meteoro, la abundancia extraordinaria de moscas, que la suciedad conjénita de los pueblos suele alimentar, y agregado á los dos motivos dichos, el predilecto manjar de estos insectos que el mochuelo del mocete, había extendido sobre mi indumentaria; me escuso referir el enjambre de estos implacables animalitos que habían llegado atraídos por la golosína.

Me hicieron desesperar con su impertinente y monótono zumbido. Creí llegar al *delirium tre-*

*mens* y quise formarme cabal idea de lo tremendo del castigo bíblico al pueblo egipcio, al lanzarle las siete plagas, pues estoy seguro que la sección de las moscas divertiría al pueblo de los Tolomeos.

De nada me sirvió, para auyentar á los implacables insectos, el desesperado ejercicio de *boxeo* que tuve necesidad de emprender. Cada vez era mayor el número hasta el extremo de no saber si yo era en aquél conjunto, lo principal, ó lo accesorio.

Pensé arrojarme en un charco de agua verdosa que encontré en la salida de la Estación á donde fuí é lavarme el barniz que el malhadado del mocete había extendido por mi cuello y yo á fuerza de tocarlo lo había centuplicado. En dicho charco fuí recibido con la estruendosa algarabía que producían una porción grande de ranas y ranacuajos; pero la reflexión y el buen juicio se impusieron á mis ímpetus primeros y evitaron el fin trágico que acaricié in mente.

Disuelta la pegajosa sustancia, limpio de tan molesto unguento, refrescado y sereno, se me ocurrió una idea, por demás vulgar, que mi estado de nerviosidad no me permitió ver, y puesta en práctica me libró á tan poca costa del entredicho en que me encontraba. Cual fué la de quitarme las dos prendas de vestir impregnadas de tan codiciado alimento de las moscas y meterlas en el atillo de la ropa.

Así lo hice y con esta astucia desaparecieron, por arte de encantamento, aquella nube de moscas que atormentaba mis horas.

Tras la tempestad, dicen que viene la calma, dicho que solo se extenderá á aquellos á quienes la tempestad no ha arrasado sus haciendas ó incendiado su casa; afortunadamente yó no pertenecía á este grupo, ví unos maderos puestos en el suelo precisamente en la parte que proyectaba la sombra del edificio de la estación. Para mí un oasis delicioso donde podía descansar de los achuchones del tren y de los impertinentes besos de las moscas.

Me acerqué, tome asiento reclinándome indolentemente sobre mi emboltorio, enjugé el sudor y creí había llegado el momento de mi felicidad. Recordando la plácida indolencia oriental, lé un pitillo, lancé unas bocanadas de humo y me creí trasportado al más delicioso alminar de El Cáiro.

Escuché el concierto de ranas y renacuajos de la charca, canción poco variada pero entretenida, si se para á examinar aquel cuerpo de sochantres locos.

Me permití hasta hacer poesías. Aquellos sochantres de catedral que lanzaban tan grandes ronquidos serían, acaso, tiernos y amorosos arrullos, encaminados al ventriculo izquierdo del corazón de alguna ranita candorosa, dulce y apacible,

¡Cuánto idilio! ¡Cuánta lástimera queja! Cuánta

reconvención de algún Otelo del orden batracio.

De mis devaneos mentales me sacó el extridente rebuzno de mi asno. ¡También el amor!

Aquel rebuzno, debio ser un requiebro, más ó menos galante, cantado á una burra que, á la sazón, cruzaba por aquel sitio cargada con cestos de frutas.

Se conoció, era madre de familia, tanto por su recato (la tal no movió la vista del suelo) como porque detrás venía correteando una burrilla en su más tierna *infancia*.

El ejemplar solípedo debía ser una beldad en su género, ó el burro, un fatuo exagerador.

Lo pude deducir de los gestos de encomio que en asniles manifestaciones hacia el galán.

Miraba al cielo, alzando la cabeza, poniendo unos ojos vidriosos y e'evaba de un modo exagerado el morro superior, como quien repite la frase que la civilización antigua puso en las supuestas columnas de Hércules «nom plus ultra» ¡no hay mas allá en belleza borricuna.!

Aicé un palo que había dejado el del molino, para evitar que el asno lanzára la segunda endecha, lo que le produjo tal indignación que me largó un *ultimatum* con la pata izquierda que oportunamente pude recibirlo en el atillo, que de haberlo hecho en el externón á donde iba dirigido, me lo sepulta en el pecho, como tres y dos son cinco.

¡Maldito burro!

Llegó el momento de marchar. El lugar de las fiestas dista del paraje donde ésto acontecía, tres cuartos de hora, aproximadamente.

La manifiesta repulsión al palo, que el jumento expresó de modo tan patente y claro, me aconsejó el uso de la prudencia para soltar el burro del sitio donde el del molino lo había atado.

Se conoce que al animalito no le hizo gracia el modo que tuve de sacudirle las pulgas.

No bien intenté aprosimarme, cuando agachando sus descomunales orejas, descargó la andanada de popa, enseñando las herraduras de las patas traseras, á una altura superior á un metro desde el suelo.

Vista la imposibilidad de entrarle por retaguardia, encaminé mis esfuerzos á conquistar el jumento atacándolo por flanco, pero el endemoniado del animalito se defendía á mordiscos y patadas, como gato tripa arriba. No había entrado en mis cálculos (como dicen los banqueros cuando niegan alguna operación dudosa), este nuevo contratiempo.

Renuncié la táctica emprendida y decidí acometer la conquista por vanguardia, defendiéndome con el parapeto formado por la empalizada de la estación, á donde estaba atado el bromista del burro. Pasé al otro lado, y así, bonitamente desde dentro, solté el ramal pasándolo por encima de la valla.

El solípedo siguió tranquilo como un cordero

valla adelante hasta encontrarnos mano á mano, ó mejor, mano á pata.

El aspecto manso y apacible, me llegó á convencer de que toda aquella rebeldía había sido puras nubes de verano, convenciéndome de que, no solo se trataba de un sencillo armisticio, sino de una paz octaviana y definitiva, algo así como si mi contrincante hubiera sido un dignatario de las conferencias de La Haya.

Cogí mi atillo, acerqué mi sosegada cabalgadura á uno de los maderos que habían servido de descanso á mis pasadas angustias y de un brinco, oprimí su huesudo espinazo con mis piernas.

No hubo sentido el peso de la carga, cuando, con sin igual febrilidad empezó á dar saltos, corcobos y á meter la cabeza entre las patas delanteras, lanzando al aire las traseras que me fué necesario sacar todas mis uñas para agarrarme al cuerpo que con tanto empeño me trataba de repeler.

Luchamos un buen rato. El atillo fué á imponer silencio al charco de las ranas.

Una carrera vertiginosa, carretera adelante, me hizo perder amarras y medir con mi cuerpo el afirmado de la carretera.

No quise sujetar la Tierra, como dijo Escipión, al pisar la africana y chocar con su cuerpo en la misma; me limité á sacudirme el polvo, en el sentido literal de la palabra y regresé en busca de mi equipaje.

¡Dichoso día!

Magullado y dolorido, cojicojeando y sudando tinta (como suele decirse) llegué al charco donde contemplé mi modesto envoltorio vogando en aquel mar de ranas, sin arboladura, timón, ni dirección fija. Corté una caña de la orilla y metiéndome hasta la rodilla de barro, vestido y calzado, pude dar caza á mi atillo próximo á naufragar.

Lo saqué chorreando agua, lo que disolvió la miel, dejando las prendas contenidas bisuntas y súcias.

Cargué la ropilla sobre mi espalda y me determiné á emprender la captura de mi divertida *palafren*.

Como á seiscientos metros pastaba tranquila y plácidamente la abundante hierba de una de las márgenes de la carretera.

Eché á correr en la creencia de que podría aprenderle con facilidad. El animal no aparentaba inquietarse por mi aproximación y creí no me sería difícil reducirlo á la obediencia. ¡Cuánto me equivoqué!

Al llegar á él, paró de comer, me apuntó con sus enormes orejas, traté de acariciarlo diciéndole la mar de monerías, como si el asno las comprendiera.

El muy socarrón se me dejó acercar hasta el momento en que no me era difícil cojer el ramal de la cabezada, pero en aquel mismo punto, produciendo un ruido muy conocido, me trató de santiguar con sus patas traseras, intención que

pude evitar hurtando el golpe, y dió en correr como un loco en dirección al pueblo, moviendo la cabeza á uno y otro lado hasta que le pareció oportuno y se paró á comer hierba.

Seguí mi carrera para darle alcance y otra vez me repitió la misma suerte.

No pude pasar adelante, y me tendí sobre un ribazo á descansar y no me hubiera levantado ni el Preste Juan de las Indias.

Repuesto de tan gran fatiga, alce mis posaderas del mullido césped y sin la celeridad de antes, cursé mi camino en pos del gracioso animalito.

El galanteador solípedo, ya se había percatado de la proximidad de una burra, á juzgar por los rebuznos sonoros que endian el aire.

Miré hácia el sitio y ví una mujer que cabalgaba sobre una, cargada además con un monumental serón repleto de melones y sandias que, á juzgar por las trazas, se encaminaba al pueblo de las fiestas para hacer mercado de esta fruta.

La melonera se apercibió pronto de los tiernos y apasionados requiebros que el doncel de cuatro patas dedicaba á rebuzno pelado á su cabalgadura, presintiendo el suceso que después ocurrió, sin que mi diligencia pudiera evitarlo.

Para librarse del peligro me daba voces suplicándome corriera á detener el enamoradizo juego.

Corrí á no poder más con el fin de alcanzarlo, pero el apasionado galán, previendo podía frus-

trarle sus deseos pasionales, apretó á correr con tal ahinco que no le dió tiempo á la hortelana para bajar de la burra, cuando ya mi jumento era compañero de élla, dando con el serón, los melones y la melonera en tierra, haciendo un montón de tan heterogeneos componentes que hacía poco menos que imposible conocer á ninguno de ellos.

La burra alarmada por esta acometida tan brusca, escapó á campo través, por viñedos y rastrojos perseguida tenazmente por el burro; destrozando todo lo que se les oponía á su veloz carrera.

La melonera, debajo del serón, daba quejidos lastimeros. Procuré con las escasas fuerzas que me quedaban, sacarla de su prisión. Luché con toda mi energía para retirar el serón que servía de emboltura á aquella confusa masa de melones, sandias y melonera, mi esfuerzo fué inútil.

Me informé mejor de la parte donde salían los angustiosos lamentos, saqué fuerzas de flaqueza, como suele decirse y de un tirón pude arrastrar parte de la cubierta y contemplé el cuadro más horripilante que me podía imaginar.

La pobre hortelana yacía boca abajo, aprisionada por la carga, con la cabeza ensangrentada y parte de los sesos exparcidos por el cráneo y pavimento del camino.

Creí era llegado el fin de mi vida, evoqué á todos los santos y á todos los demonios para que se me llevaran á descansar de la vida que me

pesaba como losa de plomo abrasada. Tal fué el dolor que me produjo la contemplación de tan sanguinario espectáculo, del que yó había sido causante, sin poderlo evitar.

Sentí el sudor frío de la muerte, se apoderó de mi tal angustia que me hizo caer desvanecido en un montón de grava.

Recobrado el conocimiento, me encontré asistido por la desgraciada melonera que yó había visto cuasi descuartizada entre las sandías.

Todo ello se redujo al hecho de haberse aplastado sobre su cabeza carne de una sandía grande encarnada puesta en gran sazón que juzgado por su color y contestura yo había tomado por los sesos de aquella infeliz.

No me podía convencer de la certeza de lo que veía, pero el hablar concertado, el palparla con mis manos y todas las demás circunstancias que nos rodeaban, vinieron á demostrar en concertado raciocinio, era verdad lo que veía por mis ojos.

La lógica de estos silogismos trajo la tranquilidad á mi atribulado espíritu.

La verdulera hizo exageradas cuentas de las grandes pérdidas que el percance le había ocasionado y para mitigar la pena que el desastre financiero podía acarrear á su gabeta, hubimos de repasar en buena paz y armonía todos, uno por uno, los melones y sandías de la carga.

La inspección ocular dió por resultado llegar

á conocer los límites á que se encontraba reducido el accidente del burro herótico: Tres sandías aplastadas, siete piezas, entre melones y sandías abiertas, que por ser sazonadas y de buen aspecto habian aumentado su precio en venta, para hacerlo á cata abierta.

Peritado el daño, pasamos á tasarlo estimándolo en dos pesetas dado el gran tamaño de las tres piezas con lo que no cobraba, según ella, ni el *mineral* destinado á su cultivo, como llaman al abono químico.

No le preocupó gran cosa la desaparición de la burra; de sobra sabía que no se había de salir del mundo y aprovecharía el percance para llenar la tripa, con lo que se ahorraría la dueña el pienso de la noche.

Así, en tranquilo y apacible consorcio, nos regalamos aprovechando los despojos utilizables del dulce y sazonado fruto averiado por el contratiempo, dando por bien empleado todo lo sufrido con tal de ver á la compañera de fatigas en tan buen estado de salud.

El que paga descansa, (y el que cobra más). Aboné en moneda contante y sonante (vil cobre) las dos pesetas y permanecimos amigablemente gozando de la bondad de la tarde, ya libre del implacable Helios, en aquel estado de ánimo de sublimidad metafísica pintada por Fray Luis de León.

Como si brotara de la tierra, surgió un hombre

de gran talla que me trajo á la memoria al guarda del melonar de Ateca, que el falso Quijote de Avellaneda confundió con el alma de Orlando, tirando del ramal del cabestro de la burra huída, pues al tal personaje tenía un gran parecido.

Aquél hombre de serio continente se acercó pausadamente á nosotros y á una distancia de unos tres metros se plantó en firme, como un alabardero apoyando su mano derecha en una vara larga terminada en una bayoneta triangular. Enseguida eché de ver se trataba de un guarda temporero de viñas, por un rótulo que traía puesto en letras de metal amarillo colocadas en una correa puesta en bandolera.

El guarda apocalíptico nos preguntó con grave entonación quién era el dueño de aquel animal que se había comido, según él, de cuatro á cinco hectáreas de viña en su quiñón, sin poder asegurar por de pronto, el daño que habría podido causar en los colindantes, que por no aparecer entrometido, no quería apreciar, pues él solo era responsable ante los dueños de las fincas confiadas á su custodia. Asegurándonos que con el valor de la burra no llegaría á poderse pagar ni una tercera parte de los perjuicios causados.

Si inopinada fué la aparición del extraño personaje, que nuevamente me puso en alboroto, su arenga me pareció el juicio del año de un *reportorio* zaragozano.

Me quedé con la boca abierta, sin saber que

contestar á tan disparatado raciocinio que ví, bien á las claras, á pesar de mi turbación, no tenía otro objeto que hacernos pagar todos los daños causados por otros animales y que por su torpeza ó falta de vigilancia no habían sido debidamente denunciados y tenía que pagarlos él de su peculio, según el convenio que decía había hecho con los propietarios.

La melonera, al ver en peligro su hacienda, se affigió de tal modo que hubo de romper en amargo llanto, protestando de la injusticia que se quería cometer con ella, según decía, porque era *probe*, pretestando no tener la culpa del mal causado ni dinero para pagarlo, con el importe de toda su hacienda.

Como es de suponer, me puse de parte de la desgraciada hortelana, teniendo que contender con aquel furioso Orlando.

El burro escapó derecho á su cuadra. El tío Cosmazo, á la sazón me esperaba en las afueras del lugar, al verlo llegar con el ramal arrastrando, ya informado de que el del molino había confundido el recado y en vez de cojer la bocha mansa, había sacado el burro *guito*, presumió que algo anormal me había sucedido en el camino.

Siguió carretera adelante hasta encontrarnos en el preciso momento en el que el guarda de los infiernos me decía — *Quitatiái esperducio* que *tinco* este *estruche* en *meta* las tripas, y trataba de ensartarme en su pica bayoneta porque le hice

observaciones atinadas acerca de las exageradas imputaciones que hacía: No cabe en cabeza humana, le dije, que en ocho ó diez minutos, una burra se pudiera comer, parra y sarmiento, suficiente en cantidad, para cargar muy bien tres ó cuatro carros, á que ascendería el valor del daño que aseguraba á pié juntillas, causó el animal capturado.

Le dió voces diciéndole que se contuviera, y aquél Caronte escapado de la Estigia, no consumó la agresión iniciada, pero se obstinó en llevarme á la Alcaldía para cerrarme en la cárcel, teniendo necesidad Cosmazo de poner toda la carne en el asador de su energía para salvarme de la ira de aquél agente de la autoridad, ofendido en su principio, que en muchos casos suele ser el de la sin razón.

No dejó aquélla mínima representación social de velar por sus prestigios y presentó la denuncia al juzgado, como más adelante verá el lector.

Al fin, aquél avanzada de la autoridad, se aplacó, la mujer recobró su burra y la tranquilidad, y el personaje de esta verídica historia, respiró sin opresión el purísimo cierzo que en aquella hora soplaba.

Ayudamos á la melonera á cargar su burra y todo quedó bien por entonces.

Cosmazo me preguntó detalladamente por el estado de la familia.

Le referí todos cuantos incidentes me habían

pasado en el camino, rió mucho mis descripciones y sucesos, procuró consolarme de todos mis contratiempos y trato de tranquilizarme ofreciendo justa compensación en las fiestas que con tan malos auspicios comenzaban.

El guarda temporero de viñas, se despidió para cumplir el cometido que los propietarios le tenías confiado y desapareció por entre los campos cultivados de viñas, después de haber tomado nota de mi nombre y vecindad en un papelucho arrugado y grasiento que sacó de un canuto tapado con corcho.

La hortelana acomodó sobre el serón mi atillo sucio de barro y cenagoso polvo de la carretera y emprendimos la marcha á la aldea que ya se veía á tiro de fusil.

Cuando ya nos acercábamos me dí cuenta del estado de mi indumentaria.

En cuerpo de camisa, sudoroso, empolvado, sin sombrero, con el calzado lleno del barro cenagoso de la charca ya seco. En situación no la más apropiado para hacer una numerosa escarda de corazones lugareños, como me había prometido al acicalarme y adornar mi cuerpo con las mejores preseas que mi misérrimo joyero custodiaba.

En aquellos preciosos tiempos, en los que la vana necedad y la pedantería, son algo anejo á la inexperiencia, son la mota en el ojo propio que no estorba ni molesta.

Hice estas observaciones á Cosmazo, cuidando

no revelar mis propósitos conquistadores y aunque no dió gran importancia á mis escrúpulos, no dejó de comprender la razón de mi embarazo.

No dábamos con el medio de poder llegar al pueblo en otra forma que en la que me encontraba.

Propuse quedarme en las afueras hasta que el negro sudario, como dicen los poetas, hiciera á todos los gatos pardos y llegar al pueblo aunque fuera en calidad de felino.

Cosmazo dijo que todos esos remilgos eran *fatadas* y en último caso, si otra mejor idea no se nos ocurría, iría él en persona á su casa y traería la ropa necesaria.

## CAPÍTULO II.

### Desde el kepis del caminero, hasta el encuentro con San Antón y el cuto

Al ver la caseta del caminero, se le ocurrió á Cosmazo una idea de la que no pude disuadirlo á pesar de oponerme repetidamente á su realización. El caminero era muy camarada y amigo suyo, según dijo, y nos podría proporcionar las prendas de vestir necesarias para poder llegar á casa siquiera vestido. Usar ropa ajena y menos de persona desconocida, era cosa no de mi agra-

do, pero la necesidad domina á la voluntad y no hay más que cumplir sus dictados, mal que á uno le pese.

Me hice cuenta que nos encontrábamnos en plenas carnestolendas y me decidí á vestir de marracho con el disfraz que la modesta guardarrropía del picador de grava pudo poner á mi disposición, sirviendo de *inrri* y corona al viaje de recreo que con tan mala fortuna había emprendido.

Entramos en la casa, Cosmazo mostró á su amigo mi lastimoso estado, este, á la sazón se encontraba solo en la suya por estar la Caminera lavando fuera.

Sólo disponía de una americana de uniforme y un kepis que había dejado fuera del ropero.

Opuse algún reparo, pero Cosmazo todo lo encontraba liso y llano. Repitió que mis escrúpulos eran *fatadas* y por no aparecer ñoño me puse las prendas de vestir que el generoso caminero me prestó para usufruirlas el tiempo necesario.

Nos despedimos, agradecidos y corteses de aquel esclavo de Obras públicas, y continuamos la marcha al lugar.

Al principio me encontré muy embarazado con aquella extraña indumentaria, pero pronto me confamiliaricé con élla, hasta el punto de olvidarme de la rara figura que hacía.

Siguiendo carretera adelante, llegamos al pueblo, para mi bien conocido, puesto que había

nacido en él y pasado lo más florido de mi juventud.

A primera vista se advertía la proximidad de la fiesta. Las calles tenían aspecto distinto al de los días dedicados á la paz del trabajo; barridas y limpias. Gran derroche de percalina, estampada en colores nacionales adornando balcones, ventanas y puertas.

Artísticas enramadas de follaje de chopos, farolillos de papel, combinaciones de focos eléctricos, servían de adorno en edificios destinados á expendedurías de licores, frutas, bailes, cafés y demás sitios en los que había necesidad de semejantes señuelos, para atraer consumidores de todos aquellos brebajes y pócimas, con que los vendedores suelen envenenar su parroquia para vaciarles los bolsillos en el cajón del mostrador.

Mesnadas de chicos que hacía poco habían abandonado los ejercicios docentes de la escuela, arrastrando manojos de ramajes para completar los adornos de tablados embalás y demás centros de reunión del divertido publicuito.

Grupos de gentes forasteras llegaban cabalgando en muy distintos medios de locomoción; desde el novísimo auto, hasta esos carros famosos, parecidos al de las cortes de la muerte, en los que venían mujeres, hombres, niños, seglares, sacerdotes, hombres de pueblo y *señoritos*; todos regocijados, limpios y majos, como se dice en esta

región, dispuestos á disfrutar de las fiestas en compañía de sus deudos, amigos y parientes.

Peatones en traje de fiesta con el pañuelito de seda de chillones colores anudado por sus dos puntas, alrededor del cuello y séndos pies de albahaca olorosa, puestos en la oreja ó en la mano, algunos con instrumentos de cuerda, dispuestos para rondar á los indígenas y forasteras, dignas de tal tributo de galantería.

Todo, en resumen, denunciaba fiestas y diversiones, todo alegría

Hasta el extremo de haberme hecho olvidar las contrariedades sufridas.

Entramos en el pueblo y dió principio el pasaje de la caricatura del que visita estos lugares y la paciencia para contestar interpelaciones más grande que la que puede usar un Ministro de la Corona con una oposición rabiosa.

Para evitarse, el que así lo quiera, el terrible dicitario de *fanfarrón* ú orgulloso; es necesario saludar, á pie quieto, á todo bicho viviente que se encuentre en la calle, la persona que visita á un pueblo. Esto es de elemental urbanidad riojana, de buena crianza, que decimos, y no es de menos, que la persona á quien se salude haya de hacerle la caricatura. Para unos el que llega, vienes *mucho regusto*; para otros, de buen color; para el siguiente, llegar hecho un *alfeñique* de delgado; para el de más allá, te encuentras descolorido; para el de más acá, está como una manzana; este

te dice que tiene más remangadas las narices: *oeste* observa cierta torcedura de la boca, una cicatriz de una herida que nunca ha sufrido; ó que está calvo ó que tiene más *pelo* que la montera de un serrano, y si de todos estos pareceres se tomara nota y de ellos se hiciera un retrato, resultaría la caricatura más extraña y risible que el ingenio humano había ideado

Es muy de *crianza* aparentar interés por los negocios del visitante, y como á quien le importa mucho en éllo, lo someten á duro y largo interrogatorio, muchas veces para satisfacer infantil curiosidad de los lugareños y no pocas para mortificarlo trayéndole á la memoria cosas que no son de su agrado.

Después de interrogado y repreguntado, viene la sección de consejos de lo que debe hacer para corregir el vicio que graciosamente le han adjudicado y hay que oír el sin fin de vaciedades que le largan con paternal cariñó, sin que esto sea óbice para que le arranque tiras de pellejo, del que cubra su reputación, como hambriento lobo, en el momento que pierden su compañía.

Como todo saludo pueblerino, tiene que pasar por los tres tiempos, de caricatura, de interrogatorio y de consejo; el recorrer una calle no muy larga cuesta un sentido. (Esta medida cronológica, no la conozco, pero así se dice), y si á esta costumbre había que añadir la de satisfacer la curiosidad natural que en todas las personas cono-

cidas, causaba, el verme vestido de caminero, teniendo que contar unas veintitres veces la historia del trajecito, el llegar á casa de Cosmazo, situada á escasa distancia, fué obra, poco menos, que de romanos.

La esposa de Cosmazo conocida en la vecindad con el nombre de la tía Juanita la manquillas, nos esperaba en el umbral de la puerta de su casa. Al verme empezó á hacerme grandes demostraciones de cariño, á grito pelado, con el fin de que las vecinas de la calle, se enteraran de la calidad del huésped que llegaba á su casa, lo que me hacía un honor inmerecido.

—Qué alhajota bienes, me decía á voz en grito.

—Ven aquí, macareno, y me abrazó llorosa y continuó haciéndome demostraciones sin cuento de un gran cariño que nunca puse en duda

En mi parecer todas aquellas demostraciones tenían mucho de exageradas y artificiosas, sin dejar de creer que la tía Juana me tenía aquél afecto singular que con tan exajerados aspavientos me demostraba, sino porque llegué á sospechar que tales excesos eran hechos deliberadamente para que se apercibiera una vecina de enfrente, á la que le tenía cierta *inquinia*, como élla decía, porque si se había ó nó dejado decir que la tía Juana había *batido la gamella* en casa de mis padres, frase que emplean para significar que la tal había cometido algún dislate que hubiera ser-

vido para entibiar las buenas relaciones que nos unían.

Los espontáneos ó artificiosos gritos fueron causa bastante para que los vecinos de las casas contiguas se asomaran á los balcones, ventanas, puertas y hasta tejados á enterarse de la causa de su origen, que no poco me ponían en vergüenza de que me vieran con el extrambótico traje, mitad de caminero y mitad de hombre civil.

El alboroto atrajo una porción de mocetes que nos acompañaron hasta casa y contribuyeron á aumentar mis sinsabores.

Llegamos á la nuestra, que no era de mal aspecto, pero tampoco de bueno, situada en una calle bastante espaciosa y hasta limpia.

La puerta de la casa tenía una media entornada, cubriendo el hueco formado con la otra hoja cerrada, por una cortina blanca, limpiísima, aunque modesta.

Entré primero, por expresa preferencia que galantemente me dieron sus dueños.

El portal ó entrada de la casa perfectamente barrido y blanqueadas sus paredes, tenía pavimento de ladrillo, recién regado, un banco de madera con cuatro patas y una sillita baja de costura y un canastillo con utensilios de labor para confeccionar y repasar ropa blanca era el mobiliario que había en aquella apacible estancia.

Frente, entrando dos puertas, una de acceso á la escalera de la casa y la otra de paso al corral,

cuadras y demás dependencias de la planta baja.

Cuando se llega á casa de un lugareño, por aquello que dice el refrán, «dime de lo que alardeas, y te diré de lo que careces», es forzoso admirar su riqueza, con lo que no consiguen los desdichados, que no saben sustraerse á este vicio, más que demostrar tangiblemente su miseria.

Así, antes de tomar posesión de la casa hubimos de pasar por la puerta de la derecha para que me admirase de la vida regalona que el matrimonio pasaba y que realmente, para su clase, lo era así, efectivamente.

Ví primero, en su zahurda un hermoso puerco, buen ejemplar, que según el tío Cosmazo había de poner para Natividad, de diez y ocho á veinte arrobas.

—*Bobas*, dijo la tía Juanita.

En mi parecer, si el alimento no se le volvía plomo, me cupo siempre la duda de que tan alhagüeñas esperanzas pudieran ser coronadas por el éxito. Pasamos más adentro y examinamos las veintitres gallinas que alegraban con sus cacareos el corral y llenaban de huevos los nidales. Los animalitos ya estaban recogidos en sus aposentadores.

Juanita me hizo una minuciosa relación de la biografía de cada una de ellas, señalándomelas por sus nombres propios.

La pinta, la mejor *culeca* del barrio, la moñuda especial en el tamaño de los huevos que ponía,

más gordos que los de las gallinas del cura y de mejor calidad, la calzada, la negra, etc., enumerando todos sus méritos y dando de paso un recorrido á una vecina de al lado por supuesta autora de la pasión y muerte de otra, la más gorda y ponedora de todas, honra, prez y gloria del gallinero riojano, que por *un casual*, de un expanto, pasó la tapia á caer en el corral de la vecina despellejada,

Consolé su desgracia del modo que púde, hice exageradas admiraciones del tamaño y abundancia de los huevos que recogimos en los distintos nidales en número de diez y seis, los mejores y más grandes de todo el pueblo, porque ya es sabida la costumbre viciosa de la ponderación que hay en estos pueblos, resultando siempre lo mejor del lugar aquello, que el que lo dice, tiene en su casa.

Como yo soy natural del pueblo y estoy en el secreto, quité de la exageración de la alabanza de lo propio, lo que justamente me pareció y puse los huevos en el tamaño ordinario, que es el que en justicia les correspondía.

Nos evitamos la revista de la cuadra porque la yunta, la mejor del pueblo, se la había solicitado el Alcalde por favor para acarrear agua conque regar las calles de la villa y que después supe había sido porque le tocó el turno de vereda.

Revistamos la mejor máquina de segar, la mejor prensa y todos los mejores aperos de labranza,

que si ciertamente eran buenos, no pasaban los límites en que justamente se debe contener el abultamiento de la bondad de las cosas propias, defecto de los naturales y de aquella parte de la Rioja muy compensado con otras virtudes.

Terminado el examen comparativo de animales y enseres, pronunció la tía Juanita, la solemne frase «á cenar», que me produjo cierto cosquilleo en el estómago y me alegró la pajarilla del todo, porque el hambre que tenía y el deseo de sentarme eran á cual más grande.

Abandonamos la mansión de los animales domésticos, cerramos puertas, rechinaron cerrojos y por una escalera angosta, pero limpia y bien conservada, llegamos á la cocina.

En esta pieza de la casa, los labradores hacen todos sus menesteres, comen, guisan, reciben, rezan el rosario, escriben y todo lo que es necesario en la vida doméstica, compatible con el local.

La encargada de mantener el fuego sagrado del hogar doméstico tenía su santuario en perfecto estado de aseo, era el sitio mejor de la casa, sin duda alguna. Se componía de fogón bajo cubierto por una tremenda caperuza destinada á recoger humos, de su centro pendían las famosas llaves de las que se colgaba el clásico caldero destinado á recibir todos los residuos alimenticios destinados á dar de comer al cerdo.

Debajo, las dos chapas para contener los fuegos, una horizontal cercada por una cinta de hierro

cuadrada, y la otra, con relieves mitológicos, colocada contra la pared. Una porción de *sesos* que sirven para apoyar los pucheros, los útiles de atizar el fuego, depósitos de sales, especias etcétera etcétera, eran todos los artefactos que ordenadamente cubrían el suelo del hogar.

Al lado derecho el tradicional escaño, asiento de madera con respaldo desmesuradamente elevado destinado á evitar el aire que se pueda recibir por la espalda, Mueble puramente de cocina, para tres ó cuatro asientos, aunque duro, esencialmente práctico.

Detrás de este respaldo se suelen acumular una cantidad de sarmientos suficientes para el gasto diario del hogar.

A la izquierda un tablero plegado de abajo arriba, á la pared, paralelo al escaño, que tiene un pié de madera, loco, sujeto con un librillo dispuesto de suerte que, una vez suelta una aldabilla de madera que lo aprieta á la pared en su parte superior, cae formando una mesa sostenida por el listón que hace de única pata por un lado, y la sujeción á la pared por otro. Este tablero hace oficio de puerta de una alacena donde se guarda el menaje necesario para servirla.

Es la mesa más cómoda para cenar al amor de la lumbre, porque el tablero cubre las llamas que pueden reflejar en la cara y el resto del cuerpo recibe totalmente el calor sano de la combustión viva de los sarmientos.

Al lado, la nasa, útil de masadería de acentuado gusto mozárabe consistente en una especie de canasta con su correspondiente tapa hecho de manojos de paja larga, entrelazados con mimbres, donde se conserva muy fresco el pan que cada vecina amasa, en su casa, para satisfacer la necesidad de tres ó cuatro días de la semana.

En el centro, una mesita de igual estilo, de cuatro patas muy bajas que casi sirve para banqueta.

Pendiente de la caperuza traga-humos, una caña con distintos agujeros donde se amoldaba el siete de un candil, sistema de alumbrado hoy arrinconado por el de la luz eléctrica que está puesto en uso.

A la derecha entrando, una muy completa batería de cocina, en la que sobresalía una colección grande, de brillantísimos cazos y calderos de cobre, pendientes de su espetera y cubiertos por un tul anaranjado.

Debajo, la artillería de sitio, compuesta por cuatro tripudas tinajas para contener agua y servir, al mismo tiempo, de esmeril para afilar los instrumentos cortantes del servicio usual de la cocina.

Pasamos á otra habitación decorada al estilo de los pueblos, y sobre una mesa camilla devoramos una riquísima cena que Juanita nos tenía preparada.

Hablamos de la familia, de nuestra leal y sin-

cera amistad, conté más detalladamente el pasaje de los higos, del mocete, la vieja, y el rico vendedor de mulas, celebrando las peripecias pasadas.

Trasegamos á nuestros estómagos en respetable cantidad un vinillo clarete, muy superior y añejo que Cosmazo guardaba para las grandes solemnidades, poniéndonos más alegres que chicos con zapatos nuevos.

Concluida la cena, alzados los manteles, Cosmazo me invitó á *echarnos* un café, como él decía, y nos lanzamos á la calle después de haber cambiado la ropa del caminero por una americana negra testigo presencial de las bodas del matrimonio, que no se me adaptaba rigurosamente, pero no era tan escandalosa como la prenda abandonada, y un sombrerillo negro de la edad de hierro de la prehistoria del planeta que usaba para acudir á los entierros.

#### CAPÍTULO IV.

### Desde san Antón y el cuto, hasta el baile aristocrático del candil

Cuando ya habíamos pasado dos ó tres puertas de casas, yendo en dirección al café, me dijo al oído.

—Tenemos que entrar en casa de Tempranillo que *tie* la burra mal y los *probes* están de mal día.

En efecto, penetramos en una donde dominaba

el silencio mas escrupuloso, pasamos á tientas todo el portal. El perro conocido de mi acompañante se nos acercó haciéndonos caricias.

Empujamos una puerta por cuyas rendijas, que eran muchas, se daba paso á la luz y presenciábamos el cuadro más lástimoso y original que el pincel dirigido por la mano del hombre puede pintar

Sobre un humilde pesebre nos tropezamos de manos á boca, nada menos que con la propia y misma imágen de San Antón, acompañado del famoso cerdo que le sirvió de compañero, esculturas de mano bellaca, especialmente la que representa al cerdo. Delante del santo, dos velas encendidas.

Sobre el estiércol que cubría el suelo dos viejas arrodilladas. Una de ellas con un rosario en la mano, rezándolo en alta voz, contestando todos los circunstantes.

Un poco mas separado, el tío Tempranillo sentado en una banqueta muy baja, con la boína en la rodilla, sus dos codos, uno en cada una cogiéndose la cabeza con ambas manos.

En un ricón, puesta de rodillas, la esposa y dos chicos del affligido Tempranillo, todos acogojados y deprimidos.

En el rincón opuesto al ocupado por estos un burro de grandes proporciones, tendido totalmente en el suelo, dando, de cuando, en cuando, algunos resoplidos

Una vez dentro, sin articular palabra, nos descubrimos y la vieja del rosario continuó sin interrupción, su rezo.

Nos rezamos el santo rosario que la rezadora alargó con un sin fin de zarandajas, una porción grande de tiempo y gracias á que cuando entramos iba en el último diez, que si nos coje en el primero ya habíamos echado el café, como decía Cosmazo.

No se cansaba de rezar, por las necesidades del reino, por nuestros maridos, decía, y mal que me pesara hube de rezar por mi marido, se conocía era viuda: Por las necesidades del pueblo, por toda la cristiandad, por la *extripación* de las *helegias*, *vitoria* contra infieles y aumento de nuestra santa fé católica. Me temí acabaría por rezar las once mil salves por cada una de las once mil vírgenes, pero se contentó con repartirles una para todas, y terminó su oración.

Saludamos á aquella atribulada familia, procuramos consolarla de su situación calamitosa y ya suponía iba á terminar aquella visita y podíamos pronto salir á la calle porque el tufillo no era de lo más atrayente para retenernos en aquel sitio, cuando los ladridos del perro nos anunció la llegada del facultativo.

Era éste un veterinario delgado, entre cano, de aspecto nervioso y tartamudo, de estos que al repetir la sílaba tartamudeada, estiran el cuello progresivamente.

El bueno del zootécnico, así que entró, fijó su vista en san Antón y encarándose con Tempranillo le dijo:

—A-a-aquí - qui-que-quien - vi-vi-visita - el —se-señor ó -o-yó, y quedó con el brazo rígido señalando á san Antón.

—Cosas de las mujeres, dijo Tempranillo; no haga usted caso y déle un remedio al *buche*.

Por toda respuesta dijo frunciendo el ceño:

— O-o-o—se—ma-marcha - o—me-me — marcho.

Mal de su grado la rezadora apagó las velas y marchó con el santo á casa del mayordomo, no consintiendo el físico reconocer al animal, hasta que se hubo cerciorado de que el santo había sido trasladado de domicilio.

Rivalidades de oficio.

Reconoció con minucioso detenimiento el organismo del animal, es ribió en un papel una fórmula, se la entregó á uno de los chicos, el que salió como alma que lleva el diablo.

Al punto regresó con unos brebajes que administraron por ambas vías al animal y bien sea por la virtud de estos, ó por las plegarias de los otros, lo cierto es que el asno pudo salir aquella misma noche al abrevadero y al día siguiente la familia atribulada disfrutar de los festejos, porque el jumento recobró la salud perdida.

Nos despedimos despues de haberse iniciado la mejoría, no consintiendo Tempranillo salie-

ramos de su casa sin haber tomado un trago y unas rosquillas.

Ganamos la calle, donde se podía respirar con más holgura.

Seguimos adelante hasta una casa cuya puerta estaba adornada con enramadas y luces eléctricas.

En el frontispicio había un rótulo que decía Café del *tío* Clarín.

Entramos en él, un *pinche* colocó delante de nosotros, sobre la mesa, dos tazas de las destinadas á contener café que pesarian muy bien su medio kilo cada una. Trajo café en una cafetera que tenía que manejar con ambas manos.

Saboreamos aquel caldo de castañas, que el mozo llamado *pinche* por los indigenas nos aseguró era café y de lo mejor.

Rebajamos de la alabanza lo que nos pareció oportuno y sepultamos en nuestros estómagos la pócima servida.

En medio del espacioso café, repleto de cuadrillas de hombres, en su mayoría en cuerpo de camisa y casi todos estos con las chaquetas puestas en el hombro, había una especie de patibulo, casi distinguible por el humo, donde un émulo de David con un arpa en la mano, supusimos ejecutaba algunas piezas musicales á juzgar por su actitud pero no porque se percibiera la menor nota de la melodía amortiguada por el murmullo ensordecedor que producian todos aquellos desafortados parroquianos.

Las cuadrillas formaban pelotones alrededor de las mesas ocupadas, puestos de codos y casi juntando las cabezas, como si examinaran algún objeto ó alguno contase secretos, otros yendo y viniendo, con más movilidad que el mercurio, muchos cruzando saludos con distintas personas forasteras que entraban en el salón, todos en traje de fiesta con pañuelitos de seda al cuello y ramos de albahaca.

Nos regalamos con unas copitas de buen coñac elevando la riqueza alcohólica del quilo á un grado mayor que el que tenía, yá después del vinillo añejo que bebimos en la cena prontamente acusado por nuestros cerebros, poniéndonos en el estado aquel, en el que dice Gil Blas, regresó á casa del doctor Sangredo después de haber livado en compañía de su paisano Fabricio, en la taberna de la caro, ó sea, de «moros van, moros vienen».

Dieron las ocho y media y sin terminar de dar la última campanada el reloj de la parroquia, empezó el programa de festejos, con el consabido repique general de campanas y acaso el regocijo general.

Cosmazo y yó perdimos los estribos, me puse de medio lado el sombrero testamentario de Cosmazo y este dejó su boina un tanto ladeada hacia la derecha de su cabeza.

No consintió que pagara un céntimo, el lugareño es fanfarrón pero hospitalario y liberal.

Liquidó el débito con el mozo y provistos de nuestros correspondientes cigarros puros que mi huésped tenía guardados en su *cofre* desde una vez que fué mayordomo del Santísimo, nos lanzamos á la calle.

Abriéndonos paso á codazo limpio llegamos á la plaza pública en la que, como en la cocina de las casas del pueblo, se guisa todo.

Estaba cercada provisionalmente de maderos y cañizos, como dispuesta para correr las vaquillas anunciadas, no pudiéndome formar cabal idea por ser de noche, é iluminada con mucha desigualdad.

En el centro de la misma, ardía una enorme hoguera formada por alta pira de leña que por tradición se quema en holocausto al santo patrón.

Es espaciosa, totalmente repleta de hombres del pueblo, mujeres rodeadas de todos sus pequeños, forasteros de distinta calidad y sexo, detrás de los maderos que sirven de vallas, un tablado formado por un tinglado de palos liados con cuerdas de esparto adornado con follaje y percalina y encima ocho ó diez foragidos tocando con instrumentos de aire, supongo, que algunas piezas de música, porque aquello más parecía un *mach* de resistencia pulmonar, porque todo lo que tenían de discordes, tenían igualmente de estrepitosos.

Alrededor de esta caja de resonancia una porción grande de parejas de gente joven con alba-

hacas que unos llevaban en la boca, otros en el cuello, algunos en la oreja, todos ellos consagrados á la danza bailando por verdadera intuición, pues á no guiarse por los descomunales porrazos dados al bombo, no puedo creer que aquella algarabía de instrumentos, propios para dar una cencerrada, pudiera marcar, ritmo, cadencia, ni melodía de ninguna especie.

Escusado es decir que músicos y danzantes se encontraban envueltos en un nimbo densísimo de polvo que hacia imposible respirar aquella atmósfera.

En los edificios que cercaban la plaza había algunos que tenían sus portales enramados y adornados con farolitos de papel, sirviendo de expendedoría de helados, vinos, licores, churros, melones, sandías, dulces y otros frutos y golosinas.

El patibulo de los músicos era una especie de avanzada provisional de un caseron antiguo de aspecto solariego, cuyos balcones de par en par abiertos, dejaban ver un amplio salón con estrado, sobre el que se veía bajo un ridículo dosel el retrato del jefe del Estado que lo representaba, casi en su infancia, pintado por mano vil, y factura ofensiva para la dignidad de la mas alta magistratura de la nación.

La mansión tenía mejor iluminación en el interior que en el exterior y claramente demostraba era la casa de la villa

Muy cerca de la hoguera había unos mástiles

de madera clavados en el suelo terminando en formas de fuegos artificiales.

Mi acompañante oficiando de *Chicherone* me dijo que aquéllas que tenían esa forma, eran ruedas y las de mas allá devanaderas, porque realmente tenían ese parecido, las que habían sido confeccionadas por un pirotécnico de otro pueblo y habían sido elegidas por un concejal de aquel Ayuntamiento, al que le suministró su correspondiente recorrido por si el polvorista le había dado ó nó una prima, no quedando en su lengua del modo mas honroso.

Azotando la reputación del concejal, nos introdujimos por entre los grupos, hasta llegar á encontrarnos entre los danzantes.

Nos tropezamos casual ó intencionadamente, con una mujer del pueblo muy arregladita y de buen palmito que formaba corro con otras. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, Cosmazo se agarró con élla y se puso á bailar; seguidamente imité su acción y me lié con otra sencilla pero guapa moza y nos metimos en danza infernal por entre aquél enjambre de parejas de locos.

Aquello mas que baile era una carrera de obstáculos, parecíamos la bola de una ruleta impulsados por los empujones de una á otra pareja.

Sin pedir explicaciones, me dijo que su compañera era mujer de un peón del que se servía casi todo el año, á la que casualmente habia encontrado y por animarme se lanzó á la danza.

Aparenté creer todo lo que me decía pero procuré no decir nada, de este feliz encuentro á la bondadosa Juanita, porque de haberlo visto, á buen seguro que hubiera atrancado la despensa y la masadería.

Agasajamos á nuestras parejas respectivas, con sandías y churros, los que comimos con tan buen apetito como falta de aprensión.

Se notó enseguida un movimiento en los grupos que tendía á acercarse hacia la puerta de la casa del Ayuntamiento, y arrastrados por la curiosidad, nos acercamos á aquel punto por debajo del tablado de la música.

Se arremolinaban las personas al rededor de un hombre al que ayudaban voluntariamente dos sujetos á llevarlo á la alcaldía precedidos de un alguacil más endiosado y déspota que Luis *catorce*. El tal hombre era grueso y bajo de talla, como un tonel, si lo dejaban luchaba por sostener su estabilidad vestía pantalón que fué en tiempos mejores de color azul, hoy había venido muy a menos, camisa totalmente desabrochada, una faja desceñida que en parte arrastraba y calzado con alpargatas abiertas, eran las prendas que completaban todo su equipo indumentario.

Cuando el alguacil soberbio lo amonestaba, el *merlucero* se le quedaba mirando fijamente con unos ojos de besugo triste y acercaba la cara hasta tocar con las narices del autoritario representante de la administración, le decía con pronunciación

dificultosa: — Caín, Caín, tu mataste á tu hermano Abel; fuese ó no concertado y pertinente á lo que le decía el autoritario ministrillo.

Este, más altivo que María Antonieta, se descomponía cada vez mas, por las burlas de que lo hacía objeto el *kurdo* ciudadano y echando espumarajos por la boca le amenazaba con hacerle dormir en la cárcel sino identificaba su persona, único medio que tenía para consumir su venganza.—La cédula personal, le decía con energía.

El *pitima* se paraba y abriendo las piernas procuraba sostenerse solo, en pié, metía su brazo remangado por entre la camisa y el pecho y le respondía, siempre acercando la cara hasta la nariz de su contrincante, mirándolo fijamente:

—Aquí me la metí en el seno de Abraham, pero se habrá caído por detrás al infierno de los condenados.

Respuesta está que desesperaba al pedante y envanecido alguacilillo.

Por fin llegó un hombre que dijo conocía al *interfecto* y era cantero de un pueblecito inmediato, persona honrada, siempre que el embriagarse no sea deshonoroso.

Con este parecer y la intervención del concejal de los fuegos, que era amigo del beodo, se le puso en libertad sin mas trámite, que la consiguiente protesta del alguacil, pues creía que con ese sistema de no castigar, la sociedad se corroe por sus cimientos.

El adorador de Baco desapareció por entre los grupos pronunciando palabras incoherentes, parándose ante los grupos de mujeres, á las que decía requiebros tambaleándose.

Para mi, tanto tenía de borracho como de socarrón y más me inclino á creer hizo burla de la autoridad del poseído alguacil.

## CAPÍTULO V.

### Desde el baile aristocrático del candil, hasta echar la papilla.

Terminado el incidente del de la trenzadera, Cosmazo me invitó á subir á una casa donde se reunia la aristocracia del pueblo y habia un gran baile, que me pareció después aquel baile del candil que tan resaladamente describe *El Curioso Parlante* y no el aristocrático que pintaba mi cicerone.

Nos dirigimos al lugar del suceso, entramos en una casa de aspecto solariego con portalón y escalera desmesuradamente grandes, porque en estos pueblos todo es desmesuradamente grande ó desmesuradamente pequeño.

Subimos á una antesala adornada con muebles antiguos y modernos colocados en confuso desorden.

En el centro, una mesa ovalada; sobre ella, una

porción de bandejas llenas de rosquillas, pastas y dulces.

Muchas botellas conteniendo vinos y brebajes caseros dispuestos para obsequiar á los invitados, donde se regalaban unos caballeros de aspecto vulgar y galanteaban á la par, á unas damiselas de igual catadura.

Me presentó á la señora de la casa, asaz amable, que apenas me pudo atender, según dijo ella misma, porque tenía que dividirse entre sus numerosas relaciones, señora esta, de un volumen más que respetable que por muy grande que fuera el divisor, estoy seguro le correspondería á cada uno, una gran porción.

De mí se decir que sentí el pesar de la tajada que me podría corresponder, desde el momento que ví aquella reunión de cursis y pedantes, que á la postre había de resultarme enfadosa, no tardando mucho en convencerme de la certeza de mis vaticinios.

Pasamos á un salón grande, adornado con mediano gusto, algo destartado, en el que había como dos docenas de mujeres, muchas de ellas jóvenes y no mal parecidas, dispuestas á rendir culto á Terpsicore tan pronto como los foragidos del patíbulo se pusieran los instrumentos en la boca.

Cosmazo se puso á hablar con unos señores que lo hacían enfáticamente y yo repasé las caras de aquellas ninfas del caserón encantado.

Mi mirada se detuvo en una carita más simpática y encantadora que las de las otras (para mi gusto), y me decidí á pedir un bailable á aquél arcángel caído del cielo en medio de aquél vilorio.

Me acerqué muy ceremoniosamente y con frases rebuscadas que me esmeré en hacerlas corteses le supliqué rendidamente me hiciera el honor de conceder el primer baile.

—Estoy pedida, me contestó secamente.

A poco fallezco de un colapso cardiaco.

Me retiré con todos mis honores á un rincón á donde resolví pasar la noche, hasta que á Cosmazo se le ocurriera proporcionarme otra diversión que lo fuera más que aquella.

En el momento que los discordes de la infernal música hirieron el espacio, vi, y he de confesar mi debilidad, con algún enojo, que un señorito resellado de indígena, con cara de obispo y si exagero algo con cara de lego hortelano, se acercó á mi dulcinea y se pusieron á danzar.

Después de terminada, al pasar junto á mi, me hizo indicaciones prudentes de que ya no estaba pedida, pero procuré vengarme del ultraje de la preferencia, haciéndome el distraído con la conversación que me daba una señora esencialmente *latosa*.

La enfadosa de mi interlocutora encaminó su charla al abolengo de que procedía, marcado en el ventrículo izquierdo del corazón de Buda,

elevando su alcurnia y árbol genealógico á las épocas más oscuras y tenebrosas de la historia, de aquellas que dicen los historiadores que se pierden en la noche de los tiempos, en cuya noche, creo me dijo le constaba documentalmente, habían salido de ronda sus antepasados.

Como antigua lo era, efectivamente la señorita, en eso no me quedó el más leve asomo de duda, y apergaminada, también: era realmente una mojama, y si estas cualidades fueron las virtudes y méritos que me quiso probar eran su máspreciado adorno, confieso paladínamente que de éllo quedé convencido porque su cara era un palimpsesto arábigo ó caldeo, y su cutis un peladizo sobado.

Me habló de los signos heráldicos contenidos en su escudo, consistían en una caldera en campo, no se si de pimienta ó raso, un cucharón y otra porción de instrumentos que no acerté á comprender la relación que podían guardar con lo que decia.

Se salió de tono cuando le dije que para mí, tales señales más se podían referir á un cocinero que á un noble de abolengo.

Aseguróme que en el suyo documentado contaba con ascendientes como el arzobispo don Oppas, ó D. Rodrigo. La cara si que era de la época.

Me aburrió soberanamente hablándome de una porción de personas de la aristocracia á

quienes trataba familiarmente, aunque dijo que nunca había salido del pueblo y se ofendió porque respondí negativamente á una pregunta que me hizo acerca de si había leído ú oído alguna vez nombrar á su familia, los Perez del Desengañado, y se puso hablar con otra persona.

Al poco rato se me acercó un matrimonio de aspecto marcadamente rústico, ambos cónyuges, disfrazados de señores, que al fin se enfadaron conmigo y me dejaron en paz, al observar que no me causaba admiración el gran número de fincas que, según ellos, poseían en el término jurisdiccional de la villa, las mejores del pueblo, cuyas cosechas, siempre á la tasa, atibórraban sus graneros de semillas.

La gran cantidad de cebada cosechada por ellos haciendo elogios exagerados del tamaño de los granos, como quien desea excitar la codicia del que escucha, ya que no el apetito.

Sus numerosas caballerías, vinos, aceites como si la riqueza de que aparentaban tener fuera otra cosa que una demostración palpable de la miseria y estrechez en que aquellos míseros ilusos pasaban sus días.

Yo que jamás he creído que la riqueza de los grandes y mucho menos la miseria de los pequeños sea el sumun de la felicidad de alguien, estimando por el contrario que la pobreza digna llevada con resignación causa más dicha que la opulencia despertadora de la avaricia y causa de

mayores desasosiegos; oí con indiferencia la relación de grandezas que me contó aquel matrimonio, no envidiable más que por el engaño en que vivían

Mi manifiesta frialdad elevó al grado máximo la indignación del iluso matrimonio, el que haciendo un *mohin*, poco disimulado por cierto, me volvieron las espaldas, creyendo acaso, que con este rasgo me dejaban en el mayor desconuelo y no podrán suponer lo reconocido que les quedé después de haberme libertado á tan poca costa de sus latas é insustanciales ponderaciones.

Los soplones del patíbulo terminaron su cometido y con unas ceremonias de etiqueta, tan exageradas como ridículas, nos separamos de la dama gorda de las innumerables relaciones, después de haber tomado unas españolas y copas de un brebaje del estilo del bálsamo de Fierabrás que aquella aplomadora dijo lo había confeccionado con sus propias manos y tenía grandes virtudes.

En mi parecer se excedió algo al ponderarlo.

Al descender de aquella soiré de *Cachuptn*, nos encontramos la plaza casi desierta.

Los músicos se habían retirado á *soplar* líquidos á uno de aquellos *tabernáculos* y ya debían llevar muy buena la partitura porque ví á uno de ellos que bebía vino por la boquilla de un bombardino, mientras que un concurdaneo desocupaba jarros de morapio por la boca del instrumento, con el propósito de atragantarlo, lo que

no podía conseguir, excitando la risa de los concurrentes á aquella piquera del panal del mosto.

Todos puestos alrededor celebraban con carcajadas nerviosas los apuros que pasaba al tragar aquel arcaduz filarmónico, hasta que se le ocurrió la idea de soplar en sentido contrario, con tal fuerza que el vino contenido en el instrumento salió como un surtidor, cayendo sobre los contertulios, á los que puso como ropa de pascua.

El incidente promovido por esta humorada del original músico, ocasionó una más que regular tremolina, entre los adoradores de Baco congregados por la rechiffa y el jolgorio.

Unos protestaban con frases duras y amenazas porque les había ensuciado el traje *majo*, y como no tenían otro, forzosamente habían de pasar los días de la fiesta con aquellas manchas delatoras de las libaciones pasadas

Otros, mejor librados de la lluvia del vino, reían á mandíbula batiente de aquellos infelices que parecía acababan de salir del tinte.

Las palabras de unos, las amenazas de otros y las burlas de los de más allá, originaron dos ó tres tempestades que hubieran degenerado en mojicones y palos, á no haberlo evitado la oportuna intervención de la autoridad local, que algunas veces suele ser oportuna, llevándose al recipiente vínico en mediano estado de conservación á dormir la *mona* en casa de un pariente donde se albergaba, despavilando el resto de parroquia-

nos de aquél lugar, hecho que fué imitado en los otros puestos de venta

En medio de la plaza aún humeaban los restos de la hoguera, cuyas ascuas servían para condimentar un guiso de carne que una cuadrilla de personas mozas del lugar preparaba para cenarlo, ó mejor, desayunarlo, porque la hora en que esto sucedía era muy próxima á la del alba.

Ya empezaban á llegar las cargas de frutas para la venta del día siguiente y parte del cielo empezaba á tomar el color plateado del amanecer, cuando nos retiramos á descansar.

Antes de llegar á la casa de Cosmazo, hicimos alto y parada en el café del tío Clarín, con el fin de tomar un vaso de helado, que fué el último peldaño que nos quedaba para llegar al cólico miserere.

En el establecimiento había aún algunos tranochadores discutiendo con calor una porción de tonterías.

Los mozos de servicio descogotaban el sueño por los rincones, lo que nos decía elocuentemente, podíamos *largarnos* á la cama.

Así lo entendimos y sin mediar explicación nos fuimos á dormir

Seguimos por aquellas calles, menos iluminadas que cuando las dejamos al salir de casa de Tempranillo.

Encontramos unas cuadrillas de rondadores tañendo guitarras y cantando cantares que de

todo tenían. Llegamos á la casa, Cosmazo metió la mano por la gatera de la puerta de la calle, cogió la llave, abrió, subimos pisando de puntitas, para no hacer ruido, no con tanta cautela que la virtuosa Juanita no nos sintiera.

Salió de sus habitaciones donde habia pasado la noche lavando y planchando mis ropas, obra que me proporcionó gran contento porque con élla me redimía de la necesidad de tener que ir vestido de americana corta y tener que usar el sombrero cuasi sacerdotal de Cosmazo.

Nos retiramos á nuestras habitaciones, limpias y cómodas, aunque modestas. Apenas me tendí en el lecho, al que hube de subir poniendo una silla (tenía cuatro colchones gruesos) cuando el remordimiento de haber tomado tanta pócima me preocupó del todo.

El estómago con sus desusadas contracciones me reprendió severamente el abuso cometido y no tardó mucho en darme el castigo merecido, devolviendo todo lo que no podía contener con la holgura necesaria, acompañado del consiguiente aparato de sudores, angustias, contorsiones y demás salsa conque la naturaleza adereza estos pasajes

Resisti sin pedir auxilio de nádie y el organismo tuvo la piedad de contentarse solo con esta aparatosa reprensión, durmiendo como un Angel el resto de la noche, si noche se puede llamar á las horas que está el Sol teudido.

## CAPÍTULO VI.

**Desde la papilla fuera,  
hasta el nuevo encuentro  
con San Antón.**

## PRIMER DÍA DE FIESTAS

Las voces de Cosmazo me despertaron y sacaron de un plácido sueño, de esa mitad del día que la madre Naturaleza ha dado á los desgraciados para pasarla felizmente alejados de las miserias y asechanzas puestas en juego por el poderoso y el tirano para atormentarnos y amargar nuestra mísera existencia.

Bendita mil veces esa madre que ha tenido la prevención de darnos ese cincuenta por ciento del tiempo, para vivir en tranquilidad.

Se acercó á mi cama hasta que obtuvo respuesta á su llamada y se fué con los brazos extendidos hacia afuera de su cuerpo, al tentón, hasta topar con los cuartillos del balcón que abrió, penetrando en la habitación una brisa fresca, aromatizada por el de una porción de flores que Juanita cuidaba con mucho esmero, adornando todos los huecos de la fachada de su casa.

Los rayos abrasadores del Sol detenidos ante

la verdura del follaje daban unas transparencias verdosas que hacían la estancia muy agradable y hasta poética.

Cosmazo salió á dar la última mano á la sartén y á aprovisionar la mesa de vino fresco y continué la operación cotidiana de vestido y aseo que ya había empezado.

Al fin me vi con mis ropillas planchadas y limpias, lo que me llenó de contento.

Después de acicalarme, sin sibaritismos impropios, pasé á la habitación que oficiaba de comedor, donde la tía Juanita nos tenía preparado el refrigerio.

Sobre una fuente había un colosal melón partido en catas, me senté y enseguida llegó Cosmazo con un jarro de barro de Arnedo, lleno de vino, lo puso en el suelo próximo á la mesa y comenzamos el sacrificio.

Hice una respetable resta en los tajos de melón y enseguida me serví una taza de chocolate elaborado en la casa con los mejores cacao de Caracas y canelas de Ceilán, y unas rosquillas en respetable porción.

Cosmazo no osó probar el chocolate porque, según él dijo, no estaba por mancharse la tripa y se lió con un más que medió pollo asado en cazuela con tomate y frío, revuelto con grandes rebanadas de pan, impregnadas de tan sabrosa salsa.

Juanita quiso que tomara, además, unos hue-

vos estrellados que llamaban los lugareños á los huevos fritos y chorizos en el mismo condimento, pero recordando el pasaje de la noche, no quise abusar de la bondad de mi estómago.

Con lo comido y un vaso de agua con *bolado*, despaché mi pitanza

Henos aquí, ya dispuestos para ir á ver salir el Ayuntamiento oficial de la casa de la villa, espectáculo poco ameno, pero necesario por tradición.

Nos lanzamos á la calle.

Nos vió Tempranillo y que quieras, que no, nos hizo entrar en su casa.

Se encontraba como de bodas, pues el doliente asno había recobrado la salud casi por completo,

Quiso que almorzásemos con él, no aceptamos sus ofrecimientos alegando que ya lo habíamos hecho, pero haciendo caso omiso de nuestras alegaciones, se acercó á una puerta y dijo á gritos:

*Chiquito* baja la cazuela las tajadas *qui-ay* en el *hogal*.

No tardó en descender el mocete de la receta con una cazuela de barro tapada con una cobertera de metal y la dejó sobre un banco que había en el portal.

Corriendo á todo correr subió, por la misma escalera, bajando al poco rato con unos tenedores, pan, cuchillo y una regular bota llena de vino.

—Toma, me dijo, dándome un tenedor, *comi*

y *bebi* lo que te cumpla como si estuvieras en tu casa. No *tandes* con *tatadas* ni remilgos.

Comimos tres ó cuatro tajos de cordero muy bien condimentado en caldereta, con cuyo justificante hicimos copiosísimas sangrías en la bota, que contenía un vino muy superior.

Nos despedimos de nuestro hombre, después de felicitarlo por la curación del jumento, gracias á los buenos oficios de San Antón. Torció la cabeza á un lado guiñando nn ojo y ríó maliciosamente.

Cruzamos aquellas calles de Dios y en poco rato, nos presentamos en la plaza ya conocida.

Hicimos alto en la puerta de una casa en cuyo portal parecía había como establecimiento de comestibles y era el centro de reunión ordinaria de todos los vagos é inútiles de la villa.

Formando corro alrededor de la puerta había una porción de personas, algunas naturales del pueblo y otras forasteras.

Era el momento en que se hacía el primer repartimiento de la correspondencia del día y casi todos estaban atentos á la lectura de los periódicos que un sujeto sentado en una silla de costura leía en alta voz y los demás personas escuchaban con silencio cuasi religioso.

Al terminar el punto, hacía parada el lector, suspendiendo la lectura y emitiendo su correspondiente parecer acerca del asusto. Se oían comentarios para todos los gustos. Todos metían

cuchara en el negocio y decían lo que se les ocurría, que generalmente tenían poca enjundia.

En este paraje se reunían cotidianamente los mismos circunstantes á comentar lo comentable y lo no comentable.

Entre todos ellos se distinguía uno á quien trataban con más ceremonia. Tenía aspecto, más de nécio que de discreto, á quien reían y jaleaban cualquier sandez que decía, en las que solía ser pródigo.

Resultó ser un hidalguillo de pueblo, que aún conservaba algo de posición económica, pues su padre había sido el Macedon del lugar y le había hecho una buena fortuna de villa.

Este inepto la quebrantó mucho, á caso, porque se cumpliría el providencial dicho de que lo mal habido se lo lleva el diablo.

En aquel lugar hacen cónclave diaria los vagos del pueblo, hidalguillos inútiles y vanidosos, verdaderos parásitos sociales, gente que como los mendigos conviven dichosos con la miseria y la pobreza, antes que sujetarse al orden metódico del trabajo, generador del progteso y bienestar relativo.

Holgazanes empedernidos, ignorantes, porque son holgazanes, miserables, porque la holgazanería es hermana de la miseria, vicios estos, que conducen como llevados de la mano á formar un cerebro limitado é inculto, sin más salida que el mísero pasaporte de la credencial para comer en

las capas más bajas de la covachuela unos viles garbanzos hinchados por el tonto enfatuamiento de la pedantería, hermana congénita de la ignorancia.

*Apartemos la vista con horror y el estómago con asco* de este tumor social y sigamos nuestro relato.

Las indigestas campanas de la parroquia con su estruendoso repique anunciaron á los fleles que pronto darían principio los Oficios divinos.

Las personas que había en la plaza se corrieron hacia el lado de la casa Ayuntamiento, en cuya puerta los descomunales músicos se encontraban formando un pelotón, provistos de sus instrumentos de metal. Allí ví al recipiente vínico del bombardino

En el portalón de la casa se estaba formando el Ayuntamiento para salir, en orden, á oír la misa ultra-solemne del santo patrón.

A una señal convenida, partió la comitiva en correcta formación. Batía marcha la música, entonando un pasodoble que lo mismo podía servir de paso de ataque por lo arrebatado.

Detrás, los serenos, en número de dos, los dos guardas municipales, no ví al Orlando de la viña. Seguían todos los concejales que forman el Ayuntamiento del lugar, en pleno, vestidos con indumentaria impropia de la estación, pues llevaban capas de un paño, de tal consistencia, que dejándolas á plomo en el suelo, se mantenían derechas

éllas solas, y unos sombreros de tantas y tan variadas formas que había algunos con un ala tan pequeña que para saludar con ellos sería preciso cojerlos con alicates.

En último término y cerrando las dos líneas, venía el cabeza de la municipalidad; hombre de gran talla, un poco doblado hacia adelante, más bruto que alto. Tenía unos brazos tan largos que le daban un marcadisimo aspecto de orangután.

Vestía de señor y como las mangas de la americana le eran muy cortas y sus manos tan grandes, al accionar solía hacerlo con éllas entreabiertas, daba idea de que manoteaba con un cuarto de cabrito en cada mano. Las perneras del pantalón eran muy cortas tambien y después de una caña muy delgada parecía que calzaba dos celemines.

Esta es la propia y vera efigie de aquella autoridad digna de figurar en el mejor museo zoológico.

Empuñaba el bastón de autoridad.

A esta comitiva seguía una porción de vecinos, que los *tigereteaban* vivos

Se paró en el mismo pórtico de la iglesia. La música se colocó á un lado y todos se pararon para dar paso al alcalde, invirtiéndose el orden.

En la iglesia, espaciosa y buena, tomaron asiento frente al altar mayor, en medio del cuerpo

de élla, en dos filas de bancos dispuestos de antemano.

Cosmazo y yó nos replegamos á una de las cinco capillas donde este tenía su sepultura, según él decía.

También caímos casual ó intencionadamente en lugar desde el que se podía ver á la agraciada peona del baile de la plaza que á hurtadillas miraba á Cosmazo y este, observé, le correspondía con creces, lo que me afirmó en la idea de que amo y sirviente se entendían bien, cosa que no suele ser frecuente, porque estos son los que más esmero ponen, por regla general, en perjudicar á los primeros. En este caso, no sucedía. No hay regla sin excepción.

Durante la misa y las miradillas de mi anfitrión y su encargada de mulas, impulsado por mi vocación, examiné la obra artística de la capilla.

Contemplé con detenimiento los tres altares que la componían, y sus molduras, relieves y dorados, con lo que pasé un rato en entretenimiento agradable, porque pude admirar esculturas de mano maestra, de esas que tanto ha prodigado el divino arte religioso.

El altar que tenía á mi espalda, totalmente olvidado al culto, servía de perchero á boinas, sombreros tapabocas y demás prendas de abrigo y de vestir.

Este altar tan irreverentemente tratado por la feligresía de aquella parroquia, estaba destinado

al gran príncipe de la milicia cristiana, al infatigable propagandista de las doctrinas del Redentor, á la novilísima figura de san Pablo.

No tenia ofrendas, ni signo alguno que testimoniara el menor tributo á este ardiente Apóstol. Tan solo en aquella fiesta de la iglesia local le habia correspondido la humildísima de dos pedazos desiguales de velas puestas en unos candeleros empolvados, pero apagadas.

Me condolí de esta injusticia ofensiva, que los devotos del lugar hacían con esta piedra cimental de la Iglesia.

A la izquierda de este, se encontraba el de San José.

Mano más cariñosa trataba el hornato de esta efigie. El culto que se rendía era mayor.

Dos pares de velas encendidas, flores en la vara cintajos y otras atenciones, me demostraron, á las claras, el mejor predicamento que en concepto de la feligresía, se hallaba el santo esposo de la Virgen.

Frente al descuidado altar de San Pablo, se adosaba al muro, otro que llamó mi atención por el sin fin de ofrendas y agasajos de que era objeto el santo al que tal altar estaba destinado. Una porción de velas encendidas ocupaban el altar y dos tablas añadidas para sostenerlas.

Un considerable número de unas velitas que suelen llamar cerillas, de un color amarillento; arrolladas en espiral, muy delgadas, me demos-

traron un número grande de adoradores, si cada ofrenda, como razonablemente se deduce, respondía á una petición ó á un agradecimiento.

Alzé mi vista para conocer al afortunado y milagroso santo á quien tanto homenaje se rendía y me encontré á la misma efigie que vimos en el pesebre de la cuadra de Tempranillo.

El propio san Antón y el cerdo, y lo que más preocupó mi atención fué el hecho de que las tales ofrendas, más tenías traza de ir encaminadas al cuto, que á san Antón, pues tal idea insinuaba expresivamente el hecho de estar puestas en su mayoría al lado de beatificado lechon, tocando sólo á la jurisdicción del santo, una insignificante parte.

La contemplación de este lastimoso cuadro trajo á mi memoria el recuerdo del veterinario tartamudo y no se me ocurrió, ni pensar, que la mano de este hubiera podido colocar ninguna de aquellas luces por grande que era su número.

Me permití hacer algunas deducciones filosóficas acerca del purible olvido conque los devotos pagaban á San Pablo los inauditos sacrificios hechos por la fé, y la abundancia de atenciones y agasajos hechos al cuto, comparando y haciendo consideraciones que seguramente no hubieran agradado á aquella devota feligresia si las hubiera oído.

Un padre de almas ocupó la sagrada cátedra y repitió en sustancia lo que otro dijo el año anterior, relativo á la vida del santo.

Las mujeres, en su mayoría, repitieron como en el año anterior las muestras de regocijo, llanto y arrobamiento, en aquellos puntos que ya tiene la costumbre reservados para estos pasajes, y todos salimos con los mismos vicios conque entramos.

Terminado el panegírico, se organizó la procesión del santo.

Rompían marcha casi la totalidad de los niños que asisten á la escuela pública del pueblo.

A su frente, un niño de *atrezzo* como de principalía, seguramente hijo de algún burgués plebético del lugar, distinguiéndose por ser el encargado de portear la cruz alzada, al que seguían en dos filas paralelas los demás *mocetes*, entonando á grito pelado un himno religioso de música y letra no muy recomendables en el punto de vista artístico.

Detrás, el paciente y sufrido maestro de primeras letras.

Seguían las diferentes cofradías de los santos que tiene la parroquia, rodeados de sus cofrades respectivos, todos vestidos *majos* con trajes cuyas medidas fueron tomadas al generador de la especie.

En una mano, sostenían su sombrero, contemporáneo del que Cosmazo me había dejado, con-

feccionados en la edad de piedra de la geología terrestre.

En la otra mano, un cirio á cual más grande.

En último término, la efigie del santo patrón, sobre unas andas, atiborradas de adornos, llevadas en hombros por los hidalgillos, adornados con sus mejores prendas y cabello rizado.

La música, el ayuntamiento, y los serenos, luchando á culatazo limpio para contener el grupo informe de mujeres, tratadas con la misma galantería con que los cabos de vara tratan á los presidiarios.

Por entre las filas de la procesión unos cuantos postulantes, pidiendo limosna á los fieles, para las necesidades del santo ó de la hermandad á que pertenecen, cuyos tesoros administran, con el carácter especial que este ramo de administración tiene, menos enojosa que las otras porque la calidad de los dueños de esos tesoros no suelen ser muy exigentes en cuestión de rendición de cuentas y justificación de la inversión de caudales.

La monstruosa serpiente formada por la procesión de fieles, se retuerce por las calles plazas y encrucijadas, lentamente, siguiendo el itinerario de costumbre.

De cuando, en cuando, se para en lugares ya determinados con anterioridad á *revolotear* los pendones; operación que consiste en dar vueltas con el pendón tendido, hasta, casi, tocar con el

suelo, tanto que algunas veces las sartas de ros-cos de confitura que penden del asta, se rompen contra el pavimento y ocasiona el hacinamiento de chicos que se precipitan, unos sobre otros, para coger los trozos rotos por el choque, espar-cidos por el terreno.

Este acontecimiento suele dar margen á que las filas se descompongan y los procesionistas se con-greguen en torno de los luchadores, animándolos á la pelea, degenerando estos incidentes en ver-daderos campos de Agramante.

Demostrada la habilidad del porta-estandarte, para hacer el molinete, con el mayor número de vueltas, termina el *revoloteo*, eleva el pendón y sigue su curso la procesión, causando, ó nó, la ad-miración de las gentes, la mayor ó menor re-sistencia pue el *revoloteador* demuestre.

Las alegres comadres de las calles inmediatas á aquellas por las que pasa la procesión, se suelen agolpar á las esquinas formando corros, todas provistas de sus correspondientes mantillas y caras aparentemente compungidas como si en aquél sitio las reuniera un puro sentimiento de religiosidad.

Sus propósitos son bien distintos; sus malas lenguas se desatan despiadadamente y no pasa un cristiano que no deje entre aquéllas arpías, sendos girones de su más preciada reputa-ción.

Nunca falta una *moxa* que no haya perdido

aquel color de manzana sana que tenía antes de frecuentar la leal amistad del vecino a ó b, cuando no es del pariente.

Jamás deja de pasar alguno que lleva un traje que no le *pertenece* más ó menos *majo* para su clase, pero siempre bien cortado por la *tijera* de aquéllas lenguas de escorpión.

Siempre observan el parecido de una mantilla, mantón ú otra prenda de vestir, de un exacto parecido, á otra que le rebaron á alguna de las del pelotón, en años anteriores

Ni una vecina que tiene cara más demacrada que antes y este estado de enfermedad, sea, según alguna lengua viperina, resultado de graves remordimientos de actos que jamás ejecutó.

En estos pelotones, se criban las reputaciones mejor cimentadas, se despeña el buen nombre del que cae en sus lenguas y no se deja hueso sano á ser viviente que tenga la desgracia de pasar á la vista, dicho con cierta unción y teniendo siempre la piedad de compadecer la desgracia de aquellas personas que solo la tienen, de ser vistas por estas furias escapadas del Averno.

Entretenido en estas meditaciones, hubiera discurrido tranquilamente mi camino, en unión de Cosmazo que constantemente hacía alto y parada para mirar al grupo de mujeres que seguía la procesión, entre el que se destacaba la agraciada peona, á no haberme sacado de mi *apoteosis*

un suceso muy cómico que turbó levemente el orden de marcha de aquella manifestación del culto externo.

## CAPÍTULO VII

### Desde el capítulo anterior, hasta la prisión del Nazareno

Entre los postulantes que recorrían las líneas de fieles pidiendo limosna para satisfacer las necesidades de las cofradías que representaban, se acercó hacia el lugar donde estábamos, uno, vestido de Nazareno, con una túnica morada que le llegaba hasta el suelo, dejando tan solo al descubierto los pies descalzos que para mejor simular la imagen llevaba al desnudo, por cierto, bastante juanetudos.

La túnica iba ceñida al cuerpo del postulante por un cingulo largo que le pèndía del lado izquierdo casi hasta el suelo.

Sobre la cabeza, una corona de espinas, puesta sobre una peluca peinada, cuya negra cabellera, partida, caía sobre los hombros y espalda, terminando en una barba, muy bien simulada.

En una mano, traía un cabito de vela encendido y en la otra, un *azafate* donde depositaban los fieles sus limosnas.

El tal postulante, andaba llevando un paso

cadencioso y con entonación solemne, solía decir «Limosna para los hermanos de la soledad.»

Después me enteré de que el transfigurado personaje, era un estopero del lugar, hombre de malísimo carácter, impulsivo y nervioso.

Al pasar por mi lado, cantó su pregón

Un feligrés tuvo la endiablada ocurrencia de echarle toda la cera fundida por el calor de la llama del cirio que tenía en su mano, sobre uno de los pies presentado al descubierto.

La sosegada figura del personaje simulado de la Pasión de Cristo, como movido por un resorte pronunció una palabra, no muy propia de la sagrada figura representada, pues no era de aquellas que por sí solas abren las puertas del Cielo; encogió el pie dolorido y puso su mano sobre la incandescente cera derretida.

El mal intencionado procesionista, causante del daño, al contemplar la santa figura escorzada á modo de grulla durmiendo sobre una pata, no pudo contener la risa.

El estopero indignado tiró el *azafate* y la vela, arremetió á insultos y amenazas contra el socarrón y dañado autor de tan cruel broma, quien al verse tan mal tratado comenzó á mogicones y denuestos contra el estopero, justamente indignado por tal ofensa.

Era de ver aquellas extrañas figuras dando volteretas por el suelo. La figura apacible del representado Nazareno blasfemando y remangándose

los hábitos en busca de una enorme navaja de muelles en cuya hoja se leía «si esta vívora te pica, no vayas á la botica», dando brincos y piruetas para acometer á su contrario, con el semblante desfigurado hasta el extremo de que parecía tenía las mandíbulas desarticuladas y vueltas de medio lado, pues á causa de un bofetón que le dió su contrario, la corona de espinas, las barbas y la peluca, dieron media vuelta en la cabeza, y hacían la más rara y cómica figura que darse puede.

El escándalo producido por este inesperado suceso, fué motivo para que las filas de la procesión perdieran sus líneas, cundiendo la alarma entre la concurrencia; huyendo unos, sin saber de quien, y corriendo otros sin acertar á donde.

Los santos fueron abandonados momentáneamente, los fieles se atropellaban unos á otros y hasta los mismos concejales asistentes á la ceremonia se desvandaron, sembrando la confusión y el desorden en el tropel de concurrentes á aquella manifestación de culto.

Llegó el alcalde con los serenos y después de gran esfuerzo, pudieron reducir á la obediencia al irritado *Hecce-homo*, que con su propio disfraz y en su propia tinta, fué sepultado en los calabozos de la cárcel del lugar, en prevención de mayores desgracias, pues ya los parientes de ambos contendientes, informados por los vecinos de lo sucedido se habían congregado en aquel sitio,

dispuestos á acometerse mutuamente, si los buenos consejos del clero, autoridades y vecinos, no los hubiera puesto en razón.

Al mal intencionado bromista le impuso el alcaide *manazas* una fuerte multa y fué encerrado en otro local distinto.

Devuelta la calma, se restableció el orden, pero no el silencio, porque todos los circunstantes, á pesar de la seriedad del acto, no pudieron refrenar su curiosidad por conocer el suceso trágico-cómico que había causado aquella conturbación.

La procesión reanudó su marcha y continuó su camino sin que otro incidente la alterase.

Cuando ya, gran parte de la cabeza había penetrado de regreso en la iglesia, hubo un conato de alarma motivada por el capricho del encargado de prender fuego á los cohetes, que afortunadamente no tuvo importancia.

Al entrar en la iglesia, se le ocurrió á este mozo galantear á un grupo de mujeres que había paradas en una esquina lanzándolas un *zurrapies*, como dicen en la localidad.

El cortés del sujeto en cuestión, tomó uno de los cohetes y le separó la varilla de tallo de anea que les sirve de timón para fijar la dirección del aparato de pirotecnia.

Encendido, enfiló la dirección del grupo sorteando velozmente los obstáculos.

Las mujeres del grupo, huyeron alarmadas. El cohete torció su camino elevándose hasta dar en

la repisa de un balcón, haciendo la explosión en otro inferior, ambos repletos de curiosos. Los gritos pusieron el espanto en el ánimo de los de la procesión y otra vez vino la alarma de las gentes, dando lugar á la repetición de escenas parecidas á las pasadas.

Por fin se calmó todo y la procesión llegó al al lugar donde había salido.

## CAPÍTULO VIII.

### **Desde la prisión del Nazareno, hasta las vacas que matan.**

La función religiosa se acabó y sin más incidentes, los fieles abandonaron el templo.

El Ayuntamiento pasó á la sacristía, sin duda siguiendo inveterada costumbre, á invitar al clero parroquial á un modesto refrigerio que la corporación municipal tenía de antemano preparado en la sala capitular, que llaman refresco.

Salieron á la calle todos juntos, la música batió marcha y todos en la forma consabida partieron ordenadamente desde la puerta de la iglesia hasta la de la casa consistorial. Los músicos se pararon á la puerta y la comitiva entró invirtiendo el orden.

En la mesa presidencial de la sala capitular, había bandejas con pastas, dulces y licores.

El alcalde no abandonó la presidencia, el clero tomó asiento preferente, y el resto de la comitiva se colocó como buenamente pudo.

Los curas, con relativa meticulosidad, tomaron algunos dulces, hablaron de cosas insustanciales y se despidieron con ceremonia.

Solos los de casa, se dieron á mayores expansiones, las pastas menudeaban de mano en mano, las bandejas corrían de un lado para otro, descubriendo su fondo paulatinamente. Las botellas de vinos generosos se vaciaban ellas solas y en un momento toda aquella bien abastecida mesa, se vió como plaza rendida, llena de escombreras y cascós.

Algunos engulleron como lobos hambrientos, otros, menos aprensivos aún, repletaron sus faltriqueras á hurtadillas con los dulces que pudieron *afanar*.

Un teniente de alcalde ya resellado por sus compañeros de concejo como ambicioso, fué vigilado por alguno de sus colegas y pronto se apercibió de que el aprovechado teniente había llenado los dos bolsillos de su americana con pasteles, merengues y otras dulzainas.

Como igualmente observaron que la llave de la secretaría la tenía metida en depósito, en uno de los bolsillos repletos de golosinas, simuláron una disputa acalorada, dos concejales y cuando el vigilado teniente se acercó para intervenir en la contienda, lo empujaron el uno contra el otro

aplastando en los bolsillos todas las golosinas hurtadas.

Para mayor burla, uno que ya conocía el negocio, fingió de industria la necesidad, de entrar en la secretaría para sacar un documento que necesitaba con urgencia.

Los que estaban en conocimiento de la burla, apoyaron la pretensión de éste y el teniente desaprensivo, tuvo que meter su mano en el bolsillo y sacar la llave y mano, impregnadas de pasta de merengue y cremas; sirviendo de escarnio y befa tal accidente.

Siguieron haciendo cuchufletas en tono zumbon y burlesco del teniente que, como no podía justificar su ineducado proceder, á poco degenera el asunto en una riña.

Todo corrido abandonó el lugar del suceso.

Los tremebundos músicos en el patíbulo, tocaron unos bailables, que fueron danzados en la plaza por forasteros é indígenas hasta la hora de comer.

Llegada esta y hecho el destrozo de viandas en el Ayuntamiento, la concurrencia se dispersó por las distintas calles del lugar.

Cosmazo y el protagonista de esta historia nos fuimos á comer á casa del primero donde la tía Juanita nos tenía preparada la mesa, para un número mayor de comensales que habían llegado durante la misa, de algunos pueblos inmediatos al de las fiestas.

Poco á poco nos fuimos reuniendo en la en-

trada de la casa que éra un portal limpio y fresco, apropósito para descansar de las fatigas que nos proporcionó el jaleo de la mañana.

Los forasteros recién llegados, dueños de los animales de que se habían servido para venir á las fiestas del lugar, atendieron primero á suministrarles el alimento necesario.

Cosmazo, los proveyó de paja y grano, y cada uno aplicó su ingenio para dar de comer á su cabalgadura.

Los animales que se pudieron colocar en los pesebres, en ellos se alimentaron.

Los que no pudieron recibir esta comodidad por falta de comedores, se les sirvió su pitanza en panderos, cribas, y algunos en el mismo suelo, sin que estas diferencias despertaran envidias, ni malos quererres entre los forasteros.

Atendido el ganado, pasamos nosotros al comedor ya conocido y tomamos asiento alrededor de la mesa, ya aderezada con melones y sandías cortadas en catas.

Cosmazo me presentó á cada uno de aquellos sus huéspedes, haciéndome particular mención de la riqueza que poseían, cargos que habían desempeñado en sus lugares y otras dotes de encomio que el biógrafo creía adornaban la personalidad de sus convidados.

Dialogué con los que me parecieron más simpáticos y, sin más preámbulos, nos dispusimos á despachar nuestras raciones.

La mayoría de los nuevos convidados, se sentaron á la mesa á una distancia grande é incómoda, no permitiendo usar de las servilletas, sinó de pañuelos limpios que plegaron sobre una de sus rodillas.

Cada uno á su gusto comía el melón y la sandía, algunos sin usar de la costumbre de partirlo en trozos, sino á bocado limpio sobre la misma cata, lo que me hizo comprender el refrán de que, el que come melón de esta manera, «come, bebe y se lava la cara», porque así resulta efectivamente de este modo de comerlo.

Juanita nos sirvió después una perola que contenía una riquísima sopa tóstada de cocido, á usanza del país.

De élla me separé un buen tajo, los otros comensales no consintieron en hacer particiones en sus platos, sinó usar del acervo común *proindiviso* donde llenaban sus cucharas hasta los topes, comiendo cada una, en dos á tres veces, después de haberla soplado repetidamente.

Aunque los lugareños comen despacio, no tardó mucho en verse el fondo de la vasija.

El lugar ocupado por ésta fué pronto reemplazado por una fuente muy grande de cocido, que mas tenía trazas de guisado de diferentes carnes, pues más que garbanzós se veían chorizos, trozos diferentes de cerdo, tocino fresco y tajos de buen carnero.

Uno de los invitados, sacó una navajita de su

bolsillo y tajó en trozos razonables el *condumio*, que decía Sancho Panza.

Me separé mi porción y los demás incaron á un tiempo sus tenedores en la vianda, comiéndola, en dos, ó tres veces, como las cucharadas de sopa.

Uno de ellos, de los más habladeres, mientras permanecía charlando con el trozo de carne ó chorizo clavado en su tenedor y éste puesto en la mano, se le acercaba un hermoso perro podenco y suavemente metía el tenedor en su fenomenal boca y engullía el trozo de carne en su estómago, con tal disimulo que el parlanchín no se apercivía de la maniobra del cán, que yo veía con gran regocijo.

Al ir á comer lo que ya había pinchado anteriormente, se quedaba mirando al tenedor vacío de sustancia alimenticia.

El perro permanecía sin inmutarse, quieto.

El tío, pinchaba otra vez un nuevo trozo de carne y continuaba su oración con los demás; el tranquilo del chucho se acercaba muy modestamente y repetía la operación del engullimiento. Nueva sorpresa del hablador y nueva pinchada de otra pieza, hasta que á la tercera, se apercibió de la operación del cán y le sacudió las pulgas, añadiendo palabras ofensivas para la dignidad canina.

El animalito sin pedir explicación de éllas, mansamente se retiró de aquél sitio y se colocó

al lado de otro comensal, continuando la tarea emprendida, que si bien le sirvió para que le aporrearán las costillas, al menos, llenó su andorga con los condimentos más selectos de culinaria pueblerina.

Después de esto, se vino á reemplazar su vacío en la mesa con otro perol de barro cocido, lleno de anguilas con pochas que sació la voracidad de los más hambrientos, pero que á pesar de todo, trasladamos á nuestros estómagos en su totalidad.

Unos gazapos guisados con pimientos del pico asados, en bonísima sazón; nos vino á demostrar que todo tiene fin en este mundo, hasta la voracidad mayor, cuando hay alimentos bastantes para saciarla.

A este abuso de sólidos, hubo que proporcionar el disolvente necesario, adicionándole un vino clarete que por su buen sabor, hubimos de dar el mayor grado posible de plasticidad á la mezcla y la mayor alegría á la cabeza.

Las lenguas se despegaron con tan favorable disolvente y se habló de todo lo hablable.

Uno, arregló el mal estado económico de la hacienda municipal de su pueblo, aunque nunca había sabido arreglar la suya.

Otro, afeó los vicios de un convecino suyo, achacándole descuidos reales ó supuestos y señaló los medios de corregirlos, sin ver él, quizas, la tranca de su ojo.

Quien más, quien menos, todos hablamos de lo que no nos importaba y de lo que no entendíamos.

Tomamos el postre y Cosmazo ordenó fueran alzados los manteles, menester que fué ejecutado *incontinenti* por la tía Juanita.

«Al café», dijo uno, y todos nos levantamos.

Ganamos la calle y no tardamos mucho en llegar al del tío Clarín, donde nos sirvieron el ya conocido y unas copitas.

Encendimos, como es *estilo* en los pueblos, un cigarro puro cada uno, y así, en son de fiesta, con los estómagos satisfechos y el cerebro alegre, nos fuimos á ver las vaquillas

## CAPÍTULO IX.

### **Desde las vacas que matan, hasta la pantorrilla de un cura**

Llegamos por unas callejas á un paraje cerrado con maderas y cañizos claveteados.

El paso al otro lado se hacía por una puerta provisional sacada de algún derribo.

Por sus caries se demostraba había oído tronar muchas veces, puesta en la valla de cañizos y maderas. A un lado un agujero practicado en la pared provisional por la que se hacía el servicio de expendeduría de localidades y una porción de gente con escaleras de mano y ramales que pene-

traba en aquel recinto cercado con ánimo de tomar parte en la fiesta taurina.

Cosmazo sacó las entradas, dió á cada uno la suya y nos colamos por aquella puerta, encontrándonos en la plaza de la villa, cuyas bocacalles de acceso se encontraban, como la que habíamos dejado, cerradas con maderos clavados en el suelo, y cañizos que cerraban los huecos.

Pasamos por debajo de una porción de maderos tendidos sobre las fachadas de los edificios que forman la plaza.

A primera vista se conocía que aquel tinglado de maderos había de oficiar de tendidos provisionales para formar la plaza de toros.

Sobre estos, había otros cruzados que servían de asiento á los espectadores que tenían el valor y abnegación de subir á ellos.

Delante de estos, se hallaba la barrera que cerraba el redondel formada por maderos puestos horizontalmente y sujetos entre dos pies derechos, todos amarrados con cuerdas de esparto.

Apoyadas á los lados de estos pies derechos y en el lado del redondel, una porción de escaleras de mano atadas á la valla y al pie derecho que corresponde al redondel. Del último peldaño, ó de la tigeria, una cuerda con nudos de trecho en trecho que descende hasta el suelo, á la que se suelen asir los toreadores tímidos de escalera, para subir sus peldaños cuando la vaca se acerca.

Estos prudentísimos toreros, suelen dar poco contingente á la enfermería.

Al entrar en el redondel acompañado de los procesionistas de escaleras y cuerdas, creí sería imposible se pudieran ocupar las localidades altas de los tendidos, por otros seres que por pájaros ó gatos, pero pronto me convencí de lo contrario.

No tardé mucho en ver llenos los travesaños más elevados, siendo el bello sexo quien en su mayoría tomó en ellos asiento.

La plaza se fué llenando de espectadores.

Los de las escalas de mano, las fueron colocando en la barrera, otros trajeron bancos de carpintero que adosaron á la valla.

En mitad del redondel un mástil rodeado de zoquetes de madera á un metro del suelo.

En la parte superior del madero, una rueda de carro que la atravesaba por el buje, quedando en posición horizontal. De cada uno de sus radios pendía un nudoso ramal que tenía idéntico destino que el de las escalas de mano.

Había en dos sitios del redondel unos pozos donde, al parecer, se empotraba una tinaja rasante con el suelo y una tapadera que se abría ó cerraba á voluntad del original torero que se escondía en aquél extraño artefacto de tauro-maquía.

La monotonía de los tendidos se interrumpía con algunos tablados horizontales provistos de sillas y antepechos cubiertos de tiras de percalina

estampada con los colores nacionales y banderitas colocadas en todos los mástiles y palos salientes.

La música entró por entre aquella enjambre de toreros improvisados que ocupaban el redondel en su totalidad, provistos de capas de percalina, mantas, trozos de saco, etc., tocando un pasodoble de gusto flamenco, que lo mismo hubiera podido pasar, muy bien, por marcha fúnebre

Aquella fué la señal del desbordamiento de gritos pidiendo ¡vaca! ¡música! y hasta gritos subersivos.

Los aristocráticos tablados, fueron llenándose de familias de aparente rango distinguido, sino en el concepto general en el suyo propio.

Reconocí muchas de las damas aristocráticas del baile del candil.

Los músicos se colocaron en su patíbulo dispuestos á destrozarse los oídos de los que oyeren y entendieren

Allá se veía, más serio que un plato de habas, el recipiente vínico de la noche anterior.

A la derecha de este tablado estaba sito el del Ayuntamiento.

Dieron las tres y media.

El público se impacientaba por momentos.

Ensondecían, los gritos de ¡Vaca! ¡Vaca!

En el redondel, la abigarrada muchedumbre de aficionados al divino arte de Montes, pidiendo á

grito pelado vacas, al tablado desierto del Ayuntamiento.

Infinidad de trozos de percalina, mantas, guñapos y trozos de sacos, azotando el suelo del redondel solicitando vaca y levantando una tromba de polvo que cegaba, al son del monumental escándalo movido por los jaleadores taurófilos,

Cosmazo enseñó sus localidades á los otros huéspedes y nosotros nos fuimos á las escaleras que el peón de la casa nos tenía puestas en un sitio elegido desde el día anterior.

Aguantamos el polvo y el estruendo con estoica resignación, hasta que el Ayuntamiento saliera á presidir la fiesta.

La algarabía se calmó con la presencia de Manazas en la presidencia.

Fué recibido con una grita infernal.

Se sentó el inconmensurable alcalde, metió mano en su bolsillo, sacó un puñado de ciruelas medio pasas, se metió una en la boca y dió á los que le rodeaban otras tantas.

Por toda solemnidad dijo á voces con la boca llena de ciruelas.

Tu, chato, toca á *sacala*.

El chato se puso un cornetín de órdenes, (no monásticas) en sus labios, hinchó sus carrillos, congestionó su semblante y lanzó unas notas extridentes que debieron resonar en Persia y espalvoreó aquella grillera del redondel, huyendo

los implacables peticionarios, afanosos de ganar sus puestos ó simplemente, á poner honesta distancia á los cuernos que ya habían aparecido por la puerta del toril.

El animal abandonó el angosto chiquero y salió receloso marchando pausadamente hacia el centro del redondel.

No tardó mucho en comprender cual era el papel que en aquella aglomeración de gente se le tenía confiado.

Tan pronto como vió el reto que le lanzaban los del pelotón de la rueda escitándole con una porción de trozos de percalina, que acometer en veloz carrera contra ellos.

Los acómetidos treparon como gatos por las cuerdas, apoyándose en los zoquetes clavados en el soporte.

La vaca se quedó burlada.

Algunos perdieron madera y quedaron en el aire vambleándose y dando y recibiendo encuentros con sus compañeros de suspensión.

Uno de los toreros emparedado en una de las tinajas empotradas en el suelo, sacó de élla más de la mitad del cuerpo y citó al bobino.

Viéndolo tan cerca de élla, como separado de la barrera creyó asegurarlo para dedal de sus afilados cuernos y vengar la burla hecha por los de la rueda. Partió veloz, pero no con tanta presteza que al entinajado no le diera tiempo suficiente para sumergirse por escotilla y cerrar la tapadera.

El desaparecido creyó haber burlado á su perseguidora y abrió la tapa sacando la cabeza para ver el lugar en donde se encontraba la fiera, la que se había quedado parada á su espalda y á muy poca distancia.

Más diligente que el torero, le tiró un puntazo á la mollera que no pudo atinarla, pero metió una pata, con la que comprimió al torero subterráneo, privándolo, el golpe, de sentido; si es que los hombres que se entretienen en este género de destrezas, lo han podido tener alguna vez.

Hubo que sacarlo de aquel guisado y ponerlo al aire para que recobrará el conocimiento, lo que se pudo conseguir no tardando mucho.

Siguió el toreo de aquella vaca, sufriendo diferentes suertes, sin que se lamentara ningún contratiempo, como no fuera el haber dejado sin pantalones á un aficionado que hizo exhibición de sus carnes á todos los espectadores que quisieron verlas, de lo que se alegraron mucho los sastres.

Manazas pronunció la frase solemne de—Tu, chato, toca á *metela*, siempre con la boca llena de ciruelas. En este pienso pasó toda la divina tarde, el cabeza de la municipalidad y presidente de la fiesta.

El chato, infló sus carrillos con el cornetín en la boca y una puerta cargada de hombres se abrió.

La vaca que sin duda alguna conocía su oficio,

arreó hacia el boquete abierto en aquél cinturón de gente que la tenía rodeada y por entre los toreros, los borrachos y los vendedores de melones y sandías, salió como alma que lleva el diablo en busca de la campiña.

Aquellos desalmados músicos, escandalizaron la plaza con una tocata. Los toreros y semitoreros se tiraron al ruedo á bailar y alborotar.

Nosotros pasamos por la barrera á debajo de los tendidos donde la gente joven y algunos que tenían la presunción de serlo, se dedicaban á la danza, sin la zozobra y temor que tenían los del redondel.

La frase de ritual «Chato, toca á *metela*» pronunciada por el Alcalde para cambiar de suerte, inició la desbandada general.

Los del ruedo se precipitaron en las vallas ganando á puro puño sus puestos.

Nos quedamos bajo los tendidos contemplando aquellos techos artesonados con múltiples y variadas posaderas, adornadas con infinidad de pies humanos de formas raras. Alternaban, al lado de los calzados con zapato y media otros con alpargatas abiertas y fantásticos escaarpines de chorre-ras. Algunos que otros pies, muy pocos, diminutos y bien calzados.

Cosmazo ideó un modo de pasar el tiempo entretenido que estuvo muy cerca de proporcionarnos un serio disgusto

En la punta de un palo de regular longitud,

colocó un alfiler atado con un hilo, dejándolo á modo de lanza.

Con este artefacto de su ingenio, pinchaba en las pantorrillas que pendían del *artesonado* del tendido.

Reía á mandíbula batiente, las contorsiones que se veía obligado á hacer, el que recibía el pinchado, para evitarse la repetición de la suerte.

Como el ofendido no podía ver quien era el autor de tan extraña diversión, por serle difícil poder dar la vuelta y mucho menos llegar al sitio ocupado por el ofensor, forzosamente quedaba impune.

Siguió ejecutando á mansalva esta divertida operación y llevado de este placer, se acercó hasta uno de los extremos del tendido, donde ya la sujeción del paciente expectador no era tan segura.

Casi en la misma orilla y en la proximidad de un tablado se veía una pantorrilla cubierta con fina media negra, terminando en un coquetón zapato bajo de charol, pendiente de un madero y en notable estado de abandono de todo recato.

Verla Cosmazo y clavar el aguijón, fué obra de un relámpago, y obra de otro fué el ver desaparecer la dolorida pierna y seguidamente aparecer por los aires, un clérigo del lugar, hecho un basilisco.

Así que vió á Cosmazo con el punzante instrumento en la mano, sin tratar de inquirir nuevas

averiguaciones, se abalanzó contra él y á no haberle cortado su primera embestida la intervención de otras personas que á la sazón se encontraban en aquél lugar, hubieran llegado á las manos.

La justa indignación del sacerdote, se aplacó con las explicaciones y no pasó adelante aquél contratiempo.

Fué el caso, que el cura de semana, hombre jóven y de buen carácter, con un si es, no es, de ribetes de afición á los toros, había sido encargado de estar de guardia en la plaza, por si se hacían precisos sus auxilios espirituales en alguna desgracia.

El sacerdote, por esta razón, tenía que estar en aquél lugar y eligió un sitio en aquél rincón, donde sin herir su dignidad podía ver las incidencias de la lidia. Cosmazo confundió las pantorrillas del cura, con las de alguna doncella, pinchó y el cura, ni corto ni perezoso, trató de tomar venganza del agujoneador.

## CAPÍTULO X.

### **Desde la pantorrilla de un cura, hasta las vacas que arruinan**

Aplacada la cuestión, nos largamos de aquél lugar con las orejas cachas y nos fuímos á refrescar, como dicen en el lugar, porque ya

Manazas había dado la señal del descanso, destinado á tomar el refrigerio necesario para continuar el bárbaro espectáculo.

Formando grupos, dieron principio á las inmolationes, consistentes en cabezas de carnero asadas con piel, cuartos de cabritos, como los Israelitas, y sobre todo y en considerable número cazuelas de barro cocido repletas de escabeches.

Botas llenas de vino, en meses mayores, en continuo estado de movilidad, unas veces boca arriba y otras boca abajo, hasta darse la corambre pellejo con pellejo.

Hicimos lo que vimos, tomamos en uno de aquellos tenduchos provisionales, una cazuela de regulares dimensiones y nos metimos entre pecho y espalda el contenido.

Bebimos un bálsamo agradable, compuesto de vino, trozos de melocotón y limón helado, además de comer churros y sandía, y he de hacer constar para tranquilidad del lector que ninguno de los dos fallecimos en el momento, ni quedamos paralíticos.

En el tablado presidencial, llovió la gente y se hizo un gran derroche de cerveza, gaseosa, helados y licores; por aquello, de que de pan ageno buena rebanada.

Manazas pronunció la frase de ritual «tu Chato toca á *sacala*» y el clarín anunció la continuación de la fiesta, interrumpida para tomar aquél tente en pie.

Sucesivamente fueron saliendo vacas, hasta que se hizo de noche.

El pueblo soberano siguió pidiendo vacas y el alcalde del suyo, hubo de abandonar la presidencia, cuando ya era imposible verlas.

Las puertas de la cerca, empezaron á vomitar gente, multiplicándose la muchedumbre por aquellas calles de Dios, hasta llegar cada uno á su casa.

Nosotros nos fuimos á la nuestra, cuando llegamos á élla la bondadosa y apacible Juanita, nos atajó el camino y nos dijo que los huéspedes se habían marchado á sus respectivos pueblos, después de haber merendado acompañados del sentimiento de no haberse podido despedir, error que no enmendarían hasta el día siguiente, en el que quedaron, en venir nuevamente.

Sacamos á la calle el banco de la entrada, nos sentamos en él y disfrutamos de la placidez de un cierzo fresco que refrigeró nuestros ardorosos cuerpos, cubiertos de polvo y sudor.

Fumamos unos cigarrillos en aquella dulce tranquilidad.

La tía Juanita sacó una jarra blanquísima llena de agua fresca, con *bolado* y azúcar en el que disuelven zumo de limón y bebimos con avidez aquel preparado refrescante, hasta apagar la sed.

Comentamos con los vecinos y transeuntes que cruzaban por aquel paraje, los diversos incidentes

acaecidos durante la tarde en la corrida de vacas, hasta la hora de cenar.

Llegado este momento, me empezó á remorder el abuso cometido al merendar y me trajo á la memoria el trágico pasaje de las angustias de la noche anterior.

La dura lección me dió la enseñanza correspondiente, que no quise pasar al olvido, reflexión que no me pesó.

Pregunté á Juanita si había hecho sopa de ajo, condimento que se hace en el país con gran gusto.

—Si por cierto, me contestó.

Cosmazo se burló del uso de semejante alimento, diciendo que solo se podía consentir, después de ponerlas á enfriar en la ventana por espacio de una hora, ó más, y una vez cerciorado de que estaban frías, tirarlas al corral con cazuela y todo. Era toda la utilidad que daba á tan delicioso condimento.

En mi entender las exageraciones de Cosmazo tenían más camino, al deseo de verme comer alimentos más sustanciosos que á despreciar el guiso.

Tomamos una cena muy frugal, consistente en una sopa de ajo, comida en cazuela de barro, con cuchara de palo, que la mejora en tercio y quinto y medio par de huevos pasados por agua, durante el consabido credo (medida cronológica en vigor en el arte culinario de nuestros días), co-

mido sin sol, sin luz y sin moscas, que son las tres eses necesarias para cenar bien en el verano.

Puestas estas medias suelas y tacones á nuestros estómagos, nos largamos al café del tío Clarín, ya conocido de los lectores.

El *pinche* nos sirvió en las tazas descómunes, la consabida infusión de castañas, que el mozo insistió nuevamente en que era café, y pasamos un buen rato de la noche oyendo las piezas musicales tocadas por el arpista contratado para las fiestas.

Se podían oír, tanto por lo bien elegidas, como por lo bien ejecutadas, y sobre todo, porque no había la infernal gritería de la tarde.

Otro *pinche*, más allegado á la casa, se acercó al oído de Cosmazo y le dijo misteriosamente:

—Por fin, nos hemos entendido con el Alcalde y hemos traído de lo malo para los viciosos.

—En dónde están? dijo mi acompañante.

—En la sala de arriba.

—Quién tiene la cabecera?

—Un forastero.

Creí se trataba de algún enfermo, al oír hablar del encargado de la cabecera, pero Cosmazo comprendió, enseguida, que era del juego de banca y me invitó á tirar de la oreja á Jorge.

No es de mi mayor predilección este entretenimiento, ni creo lo fuera de mi anfitrión, pero en días de fiestas es costumbre cuasi tradicional en los pueblos, echar la vaca, que consiste en

poner una cantidad generalmente entre los contertulios por colecta y acertar tres cartas seguidas doblando siempre la suma, con la cantidad ganada.

Abandonamos la mansión del arte de *Mozart*, para zambullirnos en la tafurería

Como el que se decide á cometer un delito, ascendimos medio á oscuras por una escalera de servicio, hasta dar con un pasillo angosto, terminado en una puertecita misteriosa, que mágicamente se abrió á nuestro paso como movida por arte de encantamento.

Al pasar vimos la máquina que tal operación hacía. No era otra que un pobre hombre vestido de cirujano, arrastrado á aquél menester por los reveses de fortuna y las contrarias que le echaron en mejor vida.

Estaba detrás de ella atisbando por un agujero á las personas que se acercaban. Si eran puntos, abría la puerta, si era autoridad, la puerta permanecía cerrada.

Una vez pasado el umbral misterioso, el bueno del arruinado, cerró la puerta encomendada a su custodia.

Desde aquel sitio ya se percibía el sonido sugestivo de duros que caían sobre la mesa del tapete verde.

Continuamos casi á tientas, atraídos por tan agradable sonido y llegamos á una habitación que daba algo luz al pasillo estrecho.



Entramos: del techo pendía un aparato de luz que se extendía en dos brazos horizontalmente, terminando en dos focos grandes cuya luz era recogida y lanzada sobre una gran mesa por dos colosales pantallas.

Estaba forrada por una tela como de lana de color verde, aprisionada por una porción grande de gente aglomerada á su alrededor, casi prensados contra ella.

Entre éstos y la mesa, una porción de puntos sentados, rodeando todos sus flancos.

Estos sujetos, tenían un montoncito de monedas de todas clases, acariciándolas silenciosamente, contándolas, recontándolas, haciendo torrecitas con la pasta amonedada, clasificándolas y otras manipulaciones, que bien á las claras demostraban la fruición con que lo hacían y el apasionamiento por aquel nefasto vicio.

En el centro de aquella larga mesa y aprovechando dos entrantes de la misma, uno enfrente de otro, dos sujetos de no muy recomendable catadura sentados cara á cara.

Uno de ellos barajaba un naípe.

El otro ponía en filas paralelas, las monedas iguales que ocupaban el centro de la mesa.

En mitad de estas, una suma de billetes del Banco de España, oficiando de señuelo, para excitar la codicia de aquellos incautos que concurren á este género de diversiones con el deliberado propósito de trasladarlos á sus bolsillos

valiéndose para ello de ridículos horóscopos y combinaciones cabalísticas que no dan otro resultado positivo que desocupar sus peculios en aquél fondo atrayente.

Nos confundimos entre aquella masa de infelices que aprisionaba á los sentados y echamos mano á nuestros ahorrillos.

El taur de frente arrastró la mano cogiendo una baraja, sobre el tapete verde dejó dos cartas.

Con ademanes apuestos y de un artificio achulapado, que ofende, dió la vuelta suavemente á cada una de las dos cartas.

La una, era el dos de oros.

La otra, la sota de copas.

Dejó la baraja en el centro, puso sobre ella una moneda y cogiéndolas una con cada mano, como el que se tira á nadar, las alejó de él, dejándolas á respetable distancia, una á su derecha y otra, á su izquierda.

No se hizo esperar la lluvia de monedas sobre el tapete verde, interrumpiéndose el silencio, al nombrar las jugadas con el tecnicismo en gerga, á la sota, al dos, pisa, primeras, pronunciadas por el punto, cada vez que una moneda tocaba el malhadado tapete verde.

Los taures colocaron al lado de cada carta las diferentes posturas que jugaban á ella, poniéndolas cuidadosamente en montoncitos y con la debida separación para no ocasionar confusiones al pagarlas.

Cuando cesó esta operación, el *grupie* manejador de la baraja, cogió con mucha monería y afectación dos cartas por encima de élla y las colocó más cerca de él que las otras, formando con éllas como las cuatro esquinas de un cuadrado perfecto.

A la par de este menester lucía dos enormes culos de vaso tallados en forma de brillantes, sobre un montaje al aire, en dos gruesos y aureos anillos, ajustados al meñique de su belluda mano izquierda, con cuyos falsos destellos, alucinaba á los incautos que no veían el talco que producía rutilancias de aquellas joyas ful.

El rey, era la primera.

El caballo, la segunda.

Nueva lluvia de monedas sobre el verde tapete, nuevas palabras del tecnicismo.

A la cruz, arriba, abajo, pisan, al brazo, pároli, primeras y otras muchas pronunciadas por los puntos al soltar las posturas.

El anillado taur, usando sus jacarandosos ademanes, colocaba en el gráfico convencional cada una.

Un contertulio que tenía fuera, á esas horas, todos los forros de sus bolsillos por haber lanzado lastre, se me acercó al oído.

—Más de doce cruces van seguidas. Apunte usted á la cruz, que no falla.

Se conoce que ya estábamos fuera del calvario porque á pesar de apuntar mucho y bien, no di

con más cruz que con la de la mala sombra, con la que cargué durante toda la noche, hasta vaciar completamente mis bolsillos.

Llegó el momento supra-ultra-solemne, de verlas venir.

El taur de los ademanes afectados, pone su deslumbradora mano sobre la baraja, mira todas las posturas, mira á todos los puntos, con una mirada, mitad solemne, mitad estúpida.

Se suspende la respiración, nadie osa hablar ni moverse, los circunstantes fijan su vista en aquella mano, bajo la que ha de aparecer su fortuna ó su desgracia.

Con la mano derecha dá un golpe con los nudillos sobre el siniestro tapete, con la izquierda, dá un rápido desmuñequé volviendo la baraja hacia arriba

Un cuatro, se respira.

Permanece un momento en aquella posición

Enseguida monta sus dos dedos, índice y corazón sobre la carta descubierta. Empieza á arrastarla suavemente y con exageradísimo cuidado.

No se percibe el vuelo de una mosca,

—Juego, se oye en el sepulcral silencio.

—Ese duro mata al rey, dice al sonar una moneda de esa clase sobre el tapete.

—Soy cómplice con dos pesetas, replica otro hombre embriagado, al parecer, que está recostado sobre la mesa, al mismo tiempo que echa á rodar una moneda.

El *grupie* afea al beodo las formas que emplea.  
Este contesta alborotando.

Le imponen silencio todos los viciosos.

El taur vuelve la baraja, continúa arrastrando el cuatro para ver la carta que viene detrás.

Los puntos se empinan para ver la pinta, todos absortos miran al naípe, queda en suspenso hasta la vida del Cosmos.

Tira un poco más, asoman tres rayas. Momento de angustioso sufrimiento, se oyen los efectos cardíacos de este estado psicológico.

Tira un poco más, aparece un cinco. Se respira.

—*Pa* los puntos, dice destempladamente el merluzo.

—¡Cállese V.!, le dicen todos.

Sigue la operación, la ensortijada mano se desmuñeca y empieza el sensacional arrastre del cinco.

Silencio de tumba

—Juego, dice una voz.

El tirador del naípe para.

—A donde quieran y como quieran—responde hueca y achulapadamente.

—Se puede retirar un punto.

—Sí.

Un chusco, ya de vacío, dá las buenas noches en alta voz y se larga.

El banquero comprendiendo la burla, mueve la cabeza á un lado y á otro, con aire de matón mercenario, hace gestos mímicos como el que se

decide á levantarse y estrangularlo provisionalmente, se compadece y lo perdona, por evitar la molestia al secretario del juzgado municipal, de extender la partida de defunción, pues este funcionario está depositando sus derechos en el tapete y debe andar alrededor de la última peseta.

Sigue el atrayente tirar de la oreja á Jorge y la suspensión de los puntos.

Sale una carta que no decide jugada.

—*Pa* la casa, dice el curdo.

—Cállese V., gritan todos.

—No quiero, responde.

Vuelta á tirar, vuelta á suspender.

Se descubre otro naipe inútil á la jugada.

—*Pa* los puntos, grita el soporífero merluzo.

—Cállese V., dicen todos á coro.

—No quiero.

El matón, cuando no mira el *filoxero*, le lanza una mirada terriblemente imponente, de esas que si no matan por sí, cuando menos obligan á testar.

Continúa la operación; se hace nuevamente el religioso silencio.

El borracho produce un gran ruido, de esos que ofenden más á la nariz que al oído.

*Pa* todos, dice levantándose, echa su americana al hombro, recoge de la mesa una petaca y una caja de cerillas y sale de la salita de juego dando encontrones y tumbos con muebles y paredes, sin retirar su postura.

Cuando ya había salido, el taur terrible quiere abandonar su asiento para degollarlo, ó poco menos, su compañero de enfrente con una mirada de ridícula severidad lo detiene en su puesto.

¡Lo salvó de una muerte segura!

Reanuda la jugada y sigue el arrastre de naipes hasta llegar á uno que decide el juego de arriba.

El tirador deja la baraja en medio y coloca una moneda encima.

Entre los puntos se produce un ruido y movimiento parecido al que hacen las enjambres al acercarse á las piqueras.

Empieza la operación de pagar, que ejecuta el socio de enfrente.

Con la mano izquierda arrastra al acervo común todas las posturas puestas en la carta contraria á la que había salido

En aquella leva arrastró unas monedas de mi pobre peculio. ¡Adiós amadas monedas!

El tafurero chulapón enciende un cigarro puro y dá unas chupadas en una boquilla muy recargada de relieves labrados en un trozo de apariencias de espuma de mar, terminada en reluciente boquilla de un cuerpo parecido al ámbar, que bien pudiera ser vidrio de igual color.

El de frente cogía con una mano la postura, se oía un golpe dado con los nudillos de la mano de un punto sobre el verde tapete y enseguida salía

por los aires en aquella dirección, doble cantidad que la representada por la jugada.

De este modo y con gran destreza, en un *santi amén* pagó todas las hechas á la carta que tuvo la casualidad de salir la primera.

Sin asistencia judicial, ni reconocimiento médico, se levantaron dos muertos peseteros.

El matón por toda reprensión maldijo y disparató, pero aflojó la *mosca*.

Terminada la operación de pagar, principió á llover monedas sobre la mesa, las que fueron colocadas en forma.

Antes de seguir tirando el naípe, anunció á los puntos donde quedaba la cruz, el brazo, y las demás posturas subordinadas á la segunda jugada.

Hecho el desmuñeque, salió contra la cruz, en la que fiaba mis esperanzas (tales eran las seguridades que el mirón me había dado).

El demonio es el único que se pone frente á esta y se me llevó el duro que á favor de la primera tenía puesto.

Adiós para siempre, simpático ojo de buey.

Miré al crucero no protegido por la suerte que me había recomendado la postura con tanto empeño, quien encogiéndose de hombros me dijo: ha fallado.

Insistió en su recomendación pero no quise más colés.

Continuamos en aquél cráter del infierno, su-

dando tinta, con el propósito preconcebido de desvalijar á los banqueros, pero la oración se volvió por pasiva y escupimos en el tapete hasta la última moneda.

## CAPÍTULO XI.

### Desde la vaca que arruina, hasta la fin del mundo.

En cosa de una hora, dí con mi caudal en el montón de la mesa y aburrido y maltrecho, me senté en un diván desvencijado que estaba en un rincón.

Ví á Cosmazo agonizante también, vomitar las últimas pesetillas de su faltriquera.

Cuando me estaban acusando los remordimientos de haber acompañado á mi compañero de glorias y fatigas, á aquél desfiladero de Sierra Morena, un estrépito inusitado, con golpear de puertas, arrastrar sillas, voces y palabras pronunciadas con calor, nos puso á los concurrentes en la mayor zozobra.

Alto á la autoridad, se oía decir.

Los *civiles*, dijeron otros.

Los taures y dependientes, de propósito, apagaron las luces después de haber recogido precipitadamente el dinero y los naipes.

Cada uno corrió en la dirección que pudo.

Unos salieron por la puerta, otros por un balcón.

Todos escaparon á la desbandada, en medio de la mayor oscuridad, del lugar del suceso.

Con vehemencia loca, nos precipitamos por los huecos que podían facilitar la evasión de aquél recinto de tinieblas que solo permitía distinguir el balcón y una ventana.

En tan tremenda confusión, desconociendo el ataque, presos por el pánico, ignorando el lugar en donde podríamos encontrar refugio seguro contra el desconocido enemigo. Completamente aturdido, seguí á unos que salieron por una ventana alta.

Los que lo hicieron primero, concedores de aquellos parajes, se corrieron por los tejados á los que daba acceso aquella especie de claraboya.

Duplicado mi terror, no tanto por el que me pudiera causar el ignoto enemigo, como por no conocer el terreno, ó mejor, tejado que pisaba, aumentado con la falta de costumbre de andar por aquellas alturas, teatro de gatos, ratas y pájaros, ví mi situación más que medianamente comprometida.

Para evitar resbalarme andaba á gatas, rompiendo las tejas en que me apoyaba.

Una desacertada media vuelta me hizo resbalar y precipitarme por el alero, en el espacio vacío.

Supuse que abajo encontraría motivo bastante para ser inscrito en el registro de defunciones.

Una oportuna gavillera de leña de sarmientos, que llaman teinada en aquellos lugares, me recibió. No era tan mullida como un colchón de lana, ciertamente, pero entre las piedras de *cari-canto* y las samantas de sarmiento, la elección hecha por la casualidad, hubiera sido la misma que deliberadamente yo hubiera adoptado.

Quise andar en busca de alguna escalera de mano que siempre suele haber arrimada á las gavilleras por donde poder descender, pero como esta escena se desarrollaba en la oscuridad, no conseguí otra cosa que llenarme las pantorrillas de arañazos, cardenales y dar una buena soba á mis ropillas.

A trompicones, pude moverme en aquél informe montón de palitroques hasta que asido á dos samantas de sarmientos, caí con gran alboroto sobre un montón de estiércol y paja limpia.

El perro se asustó y marchó gruñendo por los bajos de la casa, luego reaccionó y vino á acozarme dando ladridos.

Al tratar de calmar al chucho hablándole y haciéndole caricias, fué oída mi voz por Cosmazo, que se había parado, en su huida, en el alero de un tejado.

Me llamó por mi nombre, dos ó tres veces seguidas.

Le contesté.

—Estás herido, me dijo.

Le respondí que no, aunque me encontraba

tullido de tanto palo como tenía señalado en el cuerpo.

Me recomendó guardara silencio y que acallara al perro, pero este no estaba para darse á razones.

La dueña de mi nuevo alojamiento era una pobre señora anciana, frisando en los 78 abriles, un mucho dada al rezo y un algo á las creencias en brujerías y cosas extraordinarias.

La buena de la anciana, al oír los ladridos del perro, supuso con fundamento que algún extraño suceso ocurría en el corral.

Se proveyó de un gran farol parecido á esos de dar la unción y salió con él encendido al lugar donde el desesperado can me trataba de acometer.

La viejecita entró hasta mitad del corral con el farol puesto á la altura de la vista y la otra mano abierta, interponiéndola entre el farol y sus ojos á modo de pantalla para ver mejor lo que miraba.

Se vino hacia donde estaba el enfurecido chuchó, al verme tendido, se quedó sorprendida, quiso huir, en el momento que otro sujeto que había seguido mi itinerario, dió con su cuerpo y dos ó tres gavillas en sus pies.

Presa de terror se puso en fuga en otra dirección, la que le cortó otro compañero de viaje que cayó al cenaco.

La viejecita, confusa y aturdida, sin saber qué

dirección tomar, porque por todas partes llovían hombres, alzó el farol para ver de qué nube podían caer aquellos escapados del infierno.

Me parece que la estoy viendo, estuperfacta, con el espanto impreso en su arrugado semblante, los ojos desmesuradamente abiertos, la lengua fuera de la boca, sin poder pronunciar palabra.

El cuadro que veía no era para menos.

En el suelo, una persona rebolcándose en las pajas.

Dos sujetos llovidos del cielo.

En unos maderos que se encontraban apoyados en la pared, tocando con el balcón de la casa de juego, tres ó cuatro sujetos que descendían abrazados.

En los aleros de las casas que cercaban por dos lados el corral, cuatro ó cinco personas como los gatos en enero.

Sobre un canalón volado de más de dos metros de largo, destinado á echar aguas de la fregadera del café á mitad del corral, un sujeto cabalgando sobre su extremo y haciendo la mar de equilibrios por sostenerse encima.

—¡Dios santo, qué es esto! *La fin* del mundo, dijo gritando, la atemorizada viejecilla.

Todos los que podían hacerlo, le imponían silencio soplando como las lechuzas y poniendo sobre sus bocas el índice cruzado.

La buena anciana intentó por tres ó cuatro

veces pedir explicaciones, y todos ahogaban la pregunta con la amenazadora señal.

—Esto es cosa de brujería, dijo, tiró el farol y escapó haciendo la señal de la cruz, por aquéllos pasillos adelante.

El farol cayó sobre el fiemo y, afortunadamente, ni se rompió ni se apagaron las velas.

Con este valioso auxiliar ayudamos á los encaramados en los maderos á descender de ellos.

Los que ocupaban los aleros de los tejados, pudieron bajar poniendo una escalera de mano encima de la teinada y de ésta, luego, al corral.

Venciendo grandes dificultades pudimos desmontar al de la canal, que no pudo explicar á satisfacción el cómo había podido colocarse en aquél lugar, como un lorito, y juntos todos pensamos en salir.

Entramos por el lugar donde la dueña de la casa había salido huyendo, llamándola quedo, pero la fugitiva no oyó ó no quiso contestar.

La llamamos nuevamente sin alzar la voz y como no respondiera fuimos entrando poco á poco por un paso largo, siempre llamando y nunca respondiendo.

Al final del cual vimos luz y seguimos del mismo modo, hasta llegar á élla.

La pobre anciana estaba de rodillas delante de un Santo Cristo.

La llamamos por su nombre propio.

Por toda respuesta adelantó sus brazos á nos-

otros cruzando sus dedos índices y diciéndonos.

—*Fujite, fujite*, si sois almas en pena, yó os conjuro, y seguía muy de prisa mascullando una oración.

Tratamos de tranquilizarla, pero siempre nos respondía lo mismo, manifestando gran terror en el semblante.

Convencidos de la imposibilidad de tranquilizarla, le preguntamos por la salida á la calle.

—Por allí, dijo, señalando con una mano una puerta abierta, y poniendo seguidamente la cruz, especialmente cuando la mirábamos.

Salimos condolidos por aquélla puerta y en un segundo llegamos á la calle donde el café del tío Clarín está sito.

En el portal de la casa, nos encontramos á un hijo de la viejecilla, que se sorprendió al vernos.

Le referimos minuciosamente la razón de aquel pasaje, diciéndole lo que nos había pasado con su progenitora, recomendándole entrara á asistirla.

Celebró el contratiempo y entró seguidamente á tranquilizar á su anciana madre, lo que pudo conseguir con facilidad, pero no convencerla de que dejáramos de ser almas en pena que habíamos pasado por su casa, para sufrir algún castigo de las iras celestiales.

## CAPÍTULO XII.

**Desde la fin del mundo, hasta  
acabar con este primer tomo.**

La curiosidad por saber lo que había ocurrido en el café, nos hizo adoptar el acuerdo de ir todos juntos á enterarnos del suceso.

Previamente, estudiamos la coartada para el caso improbable de que sobre nosotros recayera alguna sospecha.

A tal efecto, nos juramentamos para decir que veníamos de probar una cuba de vino de la bodega de uno de los viajeros de la teinada.

Partimos en pelotón, en dirección al café del tío Clarín. Al llegar á la puerta salía otro grupo de personas hablando muy excitadas.

En el centro iba el Alcalde manazas con un pañuelo puesto sobre las narices, teñido por algunas manchas de sangre. A las claras se veía que tal actitud no tenía otro fin que contener la que manaba por ellas.

Preguntamos al aguacil endiosado, qué era lo que pasaba y nos refirió la razón de aquél estado de cosas.

Nos contó que el tío Clarín dueño del café, faltando á los respetos debidos á la Autoridad, había *exmorrillado* al señor Alcalde porque éste,

en el cumplimiento del deber que el pueblo le tiene encomendado, quiso castigar á esos viciosos que tienen arruinado al vecindario.

Nos dijo que con treinta años de presidio no le hacía él la pena á que se había hecho acreedor por tan grave atentado y no ordenó el tormento porque la corrompida sociedad del día había abolido esta eficaz pena contra todos los pillos; de haber estado en vigor, ya estaba el pobre cafetero con su San Benito, asado como una sardina en medio de la plaza pública.

Abandonamos aquél pelotón de gente que partió alrededor de manazas hablando con calor, en dirección á la Alcaldía y nos metimos en el café.

Los parroquianos, en grupos, comentaban el incidente.

Preguntamos.

El mismo Clarín, visiblemente excitado, nos refirió el altercado con el Alcalde.

Nos relató que *manazas*, más amigo de aprovechar subvenciones en provecho suyo que de aplicarlas á las necesidades comunales de los vecinos, pidió al cafetero una determinada suma para atender á los gastos de festejos, como lo habían hecho á todos los expendedores de sustancias alimenticias, cafés y demás establecimientos que podían lucrarse con la afluencia de forasteros.

Clarín le entregó la parte que le correspondió en aquella colecta.

Este sacrificio pecuniario llevaba anejo el hacer la vista gorda por parte de la Alcaldía, en lo tocante á juegos prohibidos, como compensación al perjuicio causado con esos anticipos.

En síntesis, consentir que se jugara á la banca mediante el pago de la suma concertada.

El insaciable manazas, quiso sacar para si, otra suma igual y con un futil pretesto se la pidió al cafetero, en el momento en que el juego ilegal daba sus mayores frutos á la casa.

Como Clarin se negó á pagar un ochavo más.

Permaneció indeciso un gran rato por el café, acompañado del envanecido alguacil.

Pasado un buen rato, le largó con éste un *ultimátum*, amenazándole con pisotear los pactos y sorprender la partida de juego.

El alguacil, que á pesar de sus puritanismos, se prestaba con gusto á este género de manipulaciones, que suelen ser más productivas que la rectitud de conciencia en el obrar, no en el decir, al acudir en son de guerra debió escederse en la palabra y el dueño del café no pudo contener una mano que se le escapó al rostro del embajador del Alcalde contra el que dió produciendo el correspondiente chasquido.

El alguacilillo, que no tenía otra defensa, como las mujeres, que su desatada lengua, empezó á alborotar con cuidado de ponerse á mayor distancia que la correspondiente al radio de acción de la jurisdicción del brazo del contrario.

*Manazas*, más amigo de jugar un jarro al mús ó comerse una cabeza de carnero asada en la bodega, que de andar en guerreaciones, huyó por la escalera de acceso al cuarto de juego

El cafetero creyó que iba á sorprender la partida

El arruinado portero que lo vió venir, dió la voz de alarma,

*Manazas* no estaba para ritos legales, sino para escapar de las iras del cafetero, que ya venía pisándole los talones, seguido del voceador del alguacil.

*Manazas* empujó con todas sus fuerzas, tirando la débil puerta sobre el portero arruinado.

El cafetero se montó encima de aquél, el alguacil por libertar á su jefe trató de sujetar á Clarín, quien sacudido por éste, fué á formar parte de aquel informe montón de contendientes, muebles y útiles.

El ruido puso en desordenada fuga á los jugadores, cuando las luces fueron apagadas por los dependientes de la casa.

Parte de los puntos en su huída tumultuosa, tropezaron con ellos, cayendo unos sobre otros, hasta formar una gran barrera que impedía pasar por el angosto pasillo, doblemente obstruído con la llegada de contingentes de personas que había en el café, atraídas por la estruendosa algarabía de lamentos y maldiciones que los contendientes se lanzaban en la oscuridad, sin conocerse unos de otros.

Hicieron luz, se levantaron los caídos, retiraron al cafetero, único que acometía, sacaron al pobre portero de debajo de la puerta, con evidentes señales de asfisia, y se calmó todo aquél escándalo en poco rato.

Cuando *Manazas* se vió rodeado de gente, se las quiso echar de autoridad increpando al cafetero, quien, como antes, no pudo detener á su levantísca mano, la que se fué á las narices del alcalde bañándoselas en sagre, como lógica consecuencia de tal visita.

El juez de paz intervino y se llevó al Alcalde á la casa Ayuntamiento con objeto de discurrir más serenamente el camino que habían de tomar.

Como es costumbre en este díscolo país, nos pusimos del lado del amorreador del principio de autoridad. Todo es cuestión de principios.

A Cosmazo divirtió mucho la referencia de todos los incidentes del suceso.

Comentó con fruición infantil las morradas dadas á *Manazas*, sin dejar, por esto, de verse preso por los agudos remordimientos por las consiguientes consecuencias de la juerguecita del juego, que habia dejado exhaustos sus bolsillos.

—¿Cómo has salido?, me preguntó.

—He dado agua, le respondí.

—Y yó, replicó.

Conocida nuestra triste situación, nos retiramos silenciosos á un paraje aparte, del en que estaban reunidos los comentaristas del café y permane-

cimos sin hablar una palabra devanándonos los sesos en averiguación del medio que habíamos de adoptar para nutrir nuestros flacos bolsillos.

—¿Vamos á la cama?, dijo.

Sin proferir palabra, nos pusimos en pié, encaminamos nuestros pasos á la puerta de salida y en poco rato ganamos la calle.

Seguimos silenciosos y taciturnos hasta llegar á la puerta de casa.

Cosmazo metió su mano en la gatera, recogió la llave, abrió y entramos.

Sin despedirnos, nos fuimos cada uno á nuestro dormitorio.

Me acosté y soñando con la viejecita, manazas y sus mojicones pasé la noche hasta despertar en el tomo segundo.

**FIN**



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA









C/1009043.

T-8284



